

*B. Benil D. e.*

---





**DE ESPEJOS Y OTRAS  
INVENCIONES**

*B. Benil. D. e.*

## DE ESPEJOS Y OTRAS INVENCIONES

Luz Aurora Pimentel

### BENILDE EDICIONES

2017

<http://www.benilde.org>  
Sevilla-España

### DISEÑO

Bane

### IMAGEN DE PORTADA

El caballete de Marcia

### FOTO DE CONTRAPORTADA

Maritza López

ISBN 978-84-16390-32-8

Volumen 1. Colección Benilde Escritura autobiográfica. Directora: Blanca Estela Treviño García, Universidad Nacional Autónoma de México

Comité científico: Carmen Elisa Acosta Peñaloza; Universidad Nacional de Colombia; Lorena de la Paz Amaro, Pontificia Universidad Católica de Chile; Anna Caballé Masforroll, Universitat de Barcelona; Beatriz Colombi, Universidad de Buenos Aires; Ana Cecilia Esparza, Pontificia Universidad Católica del Perú; Celia Fernández Prieto, Universidad de Córdoba (Argentina); Maria Eunice Moreira, Pontificia Universidade Católica do Rio Grande do Sul (Brasil); Luz Aurora Pimentel, Universidad Nacional Autónoma de México; Sara Poot Herrera, Universidad de California Santa Barbara; José Manuel Camacho Delgado, Universidad de Sevilla.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo.

# **DE ESPEJOS Y OTRAS INVENCIONES**

Luz Aurora Pimentel



<b>INTRODUCCIÓN</b>	11
<b>Y tú, ¿quién eres?</b>	
<b>Ensayo con azote y poema</b>	19
<b>Carta al vacío</b>	31
<b>Como bandera vagabunda lacayando la marea...</b>	55
<b>También mi hijo está del otro lado del espejo</b>	77
<b>In memoriam</b>	89



*Para Margarita Gasque,  
A veinte años de distancia,  
Desde la cercanía de una nueva vida*



## INTRODUCCIÓN

*Al despertar soy una haz de sensaciones, una conciencia reticulada que palpita en púrpura detrás de los párpados cerrados.*

El libro de Luz Aurora Pimentel vuela muy alto y despierto sin necesidad de introducción alguna. Es solo que hace alrededor de veinte años, en las tertulias literarias de mi casa, ella fue trayendo estos y otros textos que hoy construyen su incalificable libro autobiográfico. Nuestra amistad se inició algunos veinte años antes al yo asistir a su estupendo curso sobre Shakespeare tan inscrito en estas páginas.

Me llama la atención que sus imprecisiones y aun embustes den por resultado un relato de vida, un relato muy real de su vida. Se trata, creo, de algo así como un magnífico juego piro-técnico que se quiebra en chispas de luz y que cada una de ellas ilumina una faceta fundamental de sus circunstancias particulares. Lo maravilloso de esta escritura es que quien la lee acaba descubriendo aspectos recónditos de la autora. Quien lee el libro de Luz Aurora Pimentel rompe la barrera del extrañamiento.

La doctora, emérita y multipremiada por su labor docente y de investigación, está provista de una curiosidad insaciable así como de una erudición que sigue creciendo día a día y que siempre le ha permitido relacionar puntos que se tocan entre sí, pero que, antes de ella señalarlos, pasaban inadvertidos. En *De espejos y otras invenciones* es claro que asocia su sabiduría, tanto con los datos de su experiencia vital y su no escasa imaginación, como con la profundidad de su teoría narratológica echada a andar.

Pero también quien se asoma a una autobiografía sin más deseo que el de adentrarse por las fronteras existenciales de alguien atractivo, como lo es ella, seguramente quedará más que satisfecho, porque las narraciones que abordan hitos en la vida de Luz Aurora, por lo humano, lo profundamente humano, se

reflejan primero en el espejo de este libro para luego vincularse con el espejo de quien la lee.

Por ahí, en uno de sus textos, saca a la luz su herencia vasca, y en México, donde gran parte de la población no es muy alta, sobresale su figura. Quien la observa por vez primera, es probable que no se imagine lo que hallará en la cercanía: va a percatarse de la calidad de cristal de sus sentimientos: su interioridad es frágil y delicada; pero la fortaleza en otra región suya, aunque parezca contradictorio, la ha llevado a perseverar en sus obsesiones literarias: Shakespeare, Joyce y Proust, Yeats, George Eliot, Juan Rulfo y muchos otros autores, así como en los teóricos más brillantes y, para el lego, más difíciles. No cabe duda de que la riqueza del bagaje que la conforma está presente aquí y en toda su obra. No podría ser de otra manera; sus ensayos sobre Proust, por ejemplo, están dotados de gran conocimiento, pero también de una finísima sensibilidad.

Su faceta emocional inquisitiva se incorpora con fuerza a este hermoso libro en el que Luz Aurora no se protege con la coraza de la erudición, aunque dicha presencia le ofrece más posibilidades al espejo. Por el contrario, muestra a un ser humano con carencias y búsquedas vehementes sobre el enigma de la vida.

Y escribe: "Porque es ahí, en el yunque de la vida social, donde se ha ido martillando cuidadosamente la laminilla de nuestra identidad". *De espejos y otras invenciones* es una indagación, ignoro si del tiempo perdido como la de su tan admirado y desmenuzado Marcel Proust, pero sí de la identidad de su autora, desde el nombre mismo *What's in a name?*, escribe ella citando a Shakespeare. Y será desde ahí, desde el nombre mismo, desde quién es y de dónde proviene la niña, la joven, la adulta, como se abordan los temas del origen, del padre, de la madre, del hijo, del amor y el desamor.

Hace ya muchos años, cuando nos conocimos, ella era una extraordinariamente entusiasta maestra que despertaba la admiración de quienes la escuchaban; pero con el tiempo, ese que todo marca y que no se detiene, descubrí que, y voy a citarla: "Para llegar al encuentro con el universo del pintor, del músico

o del escritor, se necesita un trabajo espiritual lento, laborioso y, por lo tanto, *tiempo*, porque el encuentro sólo puede darse dentro de nosotros mismos". Luz Aurora se ha entregado con pasión (es apasionada en extremo) con cada uno de los trabajos espirituales de la cita. Docta en música y pintura, escribe con gran brillo y es dueña de los dos extremos de aquel legendario arte del pasado, el de la conversación: habla con gracia, escucha con atención, pero asimismo se ríe con frescura contagiosa.

"Las palabras arrullan, dan forma y color, están siempre allí, en todo lugar, en todo tiempo". Se trata de la frase inicial de su relato "Como bandera vagabunda lacayando la marea", tercera narración de este libro lleno de intensidades. Cuando quien lo lea llegue a esta página y siga adelante descubrirá que se ocupa del amor y su pérdida, de las actividades creativas, así como de los engaños y desengaños de quienes transitan por este capítulo.

Y vuelvo a aquellas tertulias nuestras, tan lejos y tan cerca, en que acordamos hacer una narración bajo estas premisas: a) Juan y Susana se conocen. b) Bailan toda la noche. c) Viven juntos un tiempo. d) Entonces aparece Pedro. Era solo un ejercicio para soltar la mano y, a partir de ahí, brota el texto donde la autora (eludiendo el nombre Susana), apoyada en sus amores literarios, en la dramaturgia y la música, explora sobre el amor (de Juan), la aparición de Pedro (Peter) y el abandono. También menciona un "pedacito" de los *Kensington Gardens* que remite, yuxtapuesto a los rododendros, a Virginia Woolf en una evocación casi inevitable. Con su estrategia en la escritura, Luz Aurora Pimentel, sumerge al lector en un mundo artístico, emocional y poco ortodoxo en Londres, donde el fulgor chispeante del arribo de ella y Juan va poco a poco a apagarse. Hace veinte años, a todos nos deslumbró su maestría narrativa. El relato no era un mero ejercicio, era un gran despliegue de su talento.

Es increíble la incorporación de elementos diversos reunidos frente al mismo espejo, por ejemplo, Shakespeare, Mahler, el teatro, el grupo punk, tan inquieto como interesante, que frecuenta la maestra de literatura en su estancia finalmente difícil en Gran Bretaña. El entretejido de las hebras múltiples ofrece un panorama fecundo.

"[...] es cómodo ser madre y mirarse en el hijo como en un espejo." Sí, desde luego que Luz Aurora Pimentel, igual que la mayoría de las madres, ha pensado así, y se dice una algo del tipo de: cómo se parece a mí, le gusta lo mismo que a mí me gustaba a su edad... y así por el estilo. Pero siempre se es, por fortuna, un Otro pese a la cercanía, empatía, camaradería. Y de ello escribe aquí, de su descubrimiento, de su sorpresa, de su búsqueda de respuesta a partir de los diversos caminos por los que la madre, tomando al hijo de la mano, se internan. Y, ya que el alma de la autora está recubierta de capas y capas artísticas que la recubren, principalmente a través de ojos y oídos, como en un inacabable palimpsesto literario, aquí en el cuarto capítulo, aparece Lewis Carroll y sus Alicias que se asoman a mundos detrás del espejo. "Ese mundo al que nunca tendremos acceso más que por destellos, por medio de equivalentes, de imágenes..."

El capítulo que cierra esta prosa de intensidades fue escrito en un tono mucho más íntimo, se trata de una carta dirigida a su madre entre julio y diciembre de 1998. Entre la enfermedad y la muerte materna y una conmovedora epifanía en el campo, en los alrededores de Sundance, adonde Pimentel había sido invitada por Robert Redford para un proyecto teatral: "Bosque, pradera, montañas y nieves hablaron con mis entrañas en el lenguaje familiar y cotidiano de sentimientos que me han acompañado toda la vida". Se trata de los ires y venires en los recuerdos de la hija: culposos, agradecidos, tristes, gratos, que dan cuenta de la vida de ambas, de la niñez de ambas, de las actividades diarias de la familia, difíciles en un sentido y poco complicadas en otro, aspectos que, muchas veces, aunque se hayan vivido, se soslayan puesto que no caben dentro de la fama pública.

El triste deterioro, la esperanza y su lado opuesto, la presencia del hijo que acompaña a la madre en el recorrido campesino y en la epifanía subsecuente, nos encaminan hacia aquella mujer que es hija, hermana, madre, amante y que, por ejemplo, ha jugado el juego de "Turista" tanto con su madre, como muy pronto con su niño. Creo que el nombre *Monopoly* es más exacto en su versión de origen, que en 1903 prefiguraba los problemáticos resultados globalizadores de hoy en día. Desde luego que la

referencia no es más que la de un juego inofensivo en el que se podía, por ejemplo, afirmar: “Noruega es mía”.

Esta carta a la madre es el otro lado del espejo, de la que aparece como capítulo segundo, para el padre ausente que abandonó a madre e hija pequeña, quien lo buscará muchos años después, en unos, más que encuentros, desencuentros, donde la largueza económica paterna no compensa la distancia protocolaria y oficinesca con que la joven es tratada por sus empleados dándole una cita, como si se tratara de un asunto de trabajo. Desilusionada pronto, se enterará de la muerte del padre por el periódico.

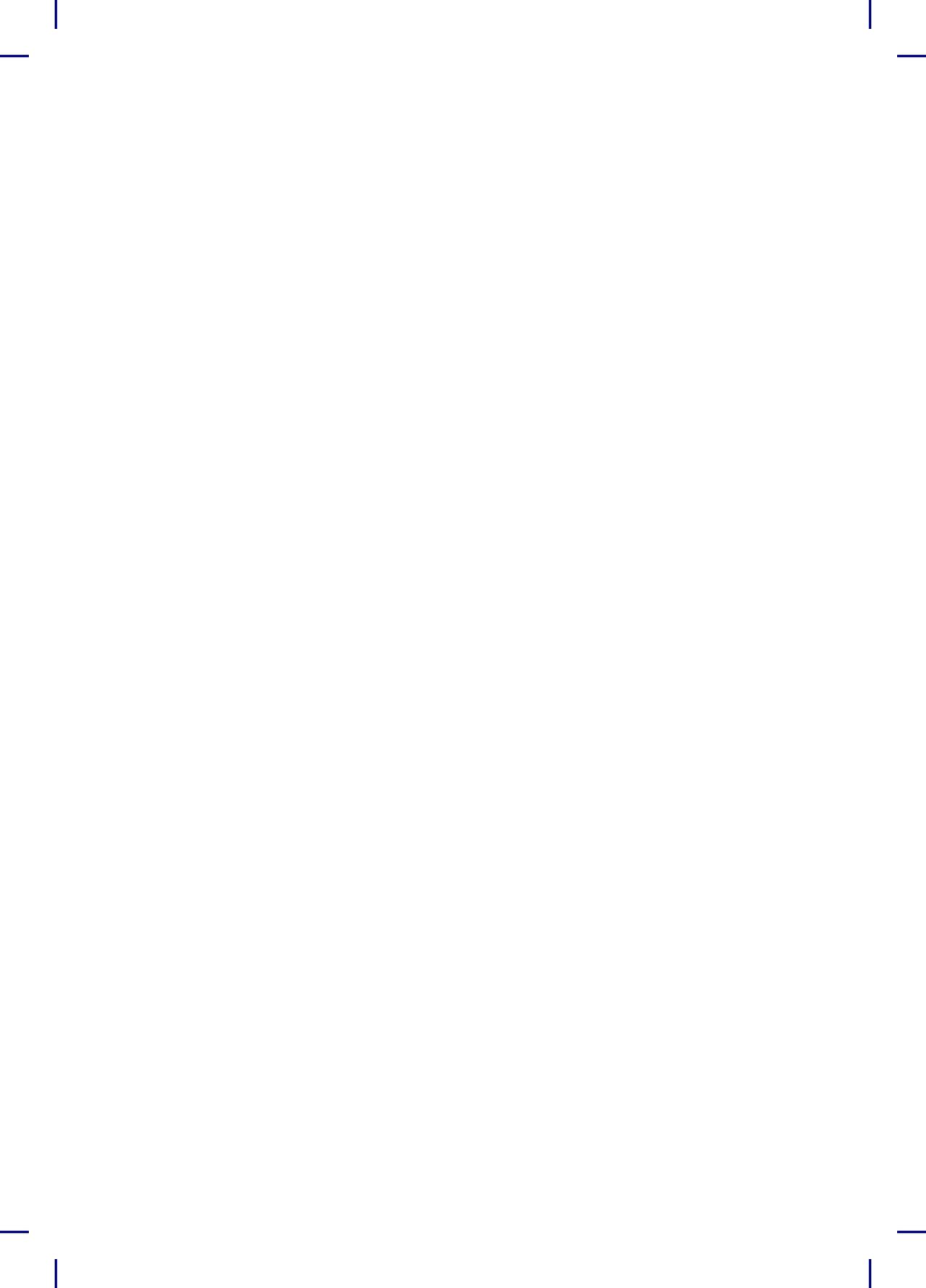
La doctora Luz Aurora Pimentel, en unos momentos difíciles de su vida, cedió a la narrativa autobiográfica, para encontrar la paz interior que seguramente le hacía falta y que, además, merece ser compartida por el interés de los relatos, por su riqueza cultural y de estilo, pero pienso que más todavía por su riqueza humana.

Aline Pettersson  
Ciudad de México, junio 10 de 2016



Cuando me miro en el espejo del tiempo, veo mi rostro multiplicarse hasta el vértigo de la máscara. La vida me ha inventado como una ficción y estoy atrapada en la piel de mi propia historia.

Todo espejo es una invención, mas por lo mismo, toda invención también es, fatalmente, un espejo, pues no hay identidad sino narrada.



## Y tú, ¿quién eres? Ensayo con azote y poema

*Lear: Who is it that can tell me who I am?*

*Fool: Lear's shadow.*

*Lear: I would learn that...*

*(King Lear)*

**A** veces quisiera poder ser otra para dejar de ser ninguna. Entre tanto, soy una sombra. Eso, claro, como dice el viejo Lear, *me lo tendría que aprender*. El problema es que no es fácil acomodarse a su sombra porque depende tanto de la luz, y la luz... Bueno, en todo caso es algo que está y no está, y una no puede supeditar su *ser* al *estar* sin desquiciarse. Mejor partamos de la raigambre más firme de la identidad social; tan sencillo como llenar un formulario, un *machote*, como decimos en México (sin ninguna intención irónica, ni siquiera de autoconocimiento): nombre, edad, sexo y condición... para empezar, desde luego, porque el inventario se puede multiplicar *ad infinitum* en el tiempo y en el espacio de los registros de identidad.

¡Ay, qué alivio! Soy un abanico, un entramado, un árbol de Porfirio. Bueno, eso ya está mejor que la sombra, y aunque le pertenezca a Porfirio, se lo confisco para mis propias ramificaciones. Una identidad arborescente donde cada entrada se subdivide, como en los pasaportes: estatura, peso, complexión, color de ojos y todo eso. A nuestra disposición un emocionante juego de cartas para construirnos innumerables castillos del ser: acta de nacimiento, credencial de elector, del INSEN, de la UNAM, de la UAM, del ITAM (*wham pam bam, thank ye ma'am*); del IMSS, del VIP'S o del ISSSTE (aunque sea triste, como hacer cola para el café, el hospital o el funeral); cédula profesional, pasaporte (aunque nunca pueda una pasar a ningún lado sin pagar el importe de toda suerte de impuestos); licencia de conducir, RFC de buena conducta, ¡todo ello conducente a una transparente identidad!; cartilla, para que se la lean a *uno*, a condición de ser del sexo co-

recto, claro está, y lo malo es que *una* nunca es del sexo correcto; tarjeta de circulación, circulación sanguínea bien identificada como RH positivo o negativo, sangre universal...

¡Póker de identidad! ¡Gané!

Podríamos incluso internacionalizarnos, tener *carte d'identité*, *green card* y toda suerte de abigarrados bichos de filiación: ¡*Curp!* O bien transtemporalizarnos y hurgar en nuestra identidad colonial hasta ubicarnos en alguno de nuestros múltiples y posibles “defectos jurídicos de nacimiento”, para encontrar nuestra sombra en el espejo oscuro de la “hija ilegítima espuria”. O, abandonando la época de la Colonia, regresar al machote contemporáneo y proceder en orden... Porque es ahí, en el yunque de la vida social, donde se ha ido martillando cuidadosamente la laminilla de nuestra identidad. Con todo, tampoco acaba una de adaptarse a ella. Es como la sombra, no tiene peso, ni sustancia, ni espesor.

Cocinemos otro platillo que tenga mejor sabor. Por lo menos el del ensueño... Sí, claro, ¡el nombre!

*Nomen atque omen*. Caray, no hay como un latinajo para darle sentido y orientación a la vida: *en el nombre está el destino*. La pobre ingenua de Julieta cree que el nombre no importa—*What's in a name?* Vaya, ¿cómo de que *what's in a name?* ¡Pues *todo* está en el nombre! Ciertamente toda la monserga social, los estigmas y los prestigios, el pleito con la herencia y los pleitos por la herencia. Total que en el nombre habrá siempre, por lo menos, una querencia. No en vano Rulfo inventó una Dolores *Preciado*; porque vive una en el dolor eterno de ser apreciada o despreciada por el nombre. Nombres prestados o heredados; nombres leves como la indistinción, pesados como lápidas, largos como cadenas, inflados como globos; nombres españoles, anglo-hispanos, galo-hispanos, hispano-irlandeses—O'Farrill, O'Donjú (*who?*), Corcuera y Limantour, Sotomayor y Sotomenor, Lópezalgo y Péreztodo—, nombres con artículos definidos, conjunciones y preposiciones, combinados hasta los límites de los bits que acepte la computadora: Pimentel y Anduiza María de la Lu... Largos, sin sentido, mutilados: una identidad computada.

Cargamos en el nombre con todos nuestros penates, como si nos pudieran proteger esos dioses familiares, domésticos, como a los romanos. Con ellos nos bamboleamos bajo el peso intolerable o bajo “la insoportable levedad del ser”. Y tampoco se acomoda una bien a bien al nombre. Ahí siempre acecha la sombra; si me dicen Aurora, no me siento yo porque ésa es mi madre; si me dicen Luz, el extrañamiento salta hasta la otra generación. Soy dialéctica, o metafórica, surjo del choque de dos generaciones y soy esa tercera: Luz Aurora.

Mis apellidos también esconden posibilidades alucinantes, y más cuando salgo del país. Despierta entonces su origen vegetal (¡ah, soy un maravilloso *locus amoenus!*). Fuera del país, nadie me concibe con “e”. He de ser por fuerza *pimental*—todo un campo de pimientos, a decir de María Moliner. Así, la identidad me pica y me adereza muy bien, pero sólo en el extranjero. En Canadá, por ejemplo, me hicieron descubrir en lo profundo de mi ser nominal posibilidades de identidad judía que jamás habría imaginado. Una mañana, la “h” fatídica de Cortázar, como varita mágica, se deslizó entre las líneas de un periódico universitario para tocar mi nombre y convertirme en otra: “La distinguida Dra. Pimenthal...” Sí, bastó esa “h”, con morfología de cincel, para esculpir de nuevo mi nombre, darme otra forma, hacerme sentir no sólo otra, sino hasta “distinguida” y, tal vez, pariente secreta o incluso heredera de algún Rosenthal o Blumenthal. Pero con el regreso al pasaporte y al país se desvaneció la “h”, y con ella la judía que nunca seré. Como carroza de Cenicienta, también la “a”, junto con los vastos campos de pimientos, volvió a su reducida condición calabacienta de “e”.

Pimentel Anduiza: debería yo ser un sabroso patillo, bien condimentado; después de todo, Anduiza es un nombre vasco que significa *pastizal*, nutricio ingrediente para una buenísima ensalada, y con tanta pimienta y pimientos, debería yo estar, a estas alturas de la vida, muy bien sazonada. En otras versiones, la raíz vasca es *andui*—cepa: ¡no sólo buenas ensaladas sino supremas borracheras! ¡Qué va! Qué *nomen atque omen*, ni qué ocho cuartos. No, soy más bien anodina; finalmente logré ocultar mi

sabor tras la entelequia académica en la que me convertí al correr de los años.

Luego me digo que tal vez la sombra se disipe en el sexo; eso siempre es más concreto, amén de excitante, los placeres de la carne y todo eso. Y ¡qué más tangible que la carne! Pasamos así al siguiente recuadro y hay que escoger. En efecto, no queda más remedio que una elección, habrá que cruzar la “F” que nos ofrece el machote como *una* de sólo dos opciones. Qué contradicción, optar por el “femenino” del “machote”, casi un símbolo, una alegoría de la condición humana—especialmente la mexicana: lo femenino del machote. Pero no quepo en los barrotes de la “F”, nunca he cabido. De hecho, siempre he ocupado más lugar en el espacio del que yo quisiera, y en las casillas del sexo nunca me he podido arrellanar a gusto sin luego querer andar saliéndome y a otra cosa mariposa. Ha habido épocas en las que ni a sexo llego; capaz que soy uno de esos imbunches de Donoso. Pero lo que sí sé es que, desde siempre, al despertar soy un haz de sensaciones, una conciencia reticulada que palpita en púrpura detrás de los párpados soñolientos.

Mas el ser y la conciencia también tienen infinidad de pliegues y en todas las épocas, sexuadas o no, la red se repliega en alguna opción, en alguna edad. Y esos recovecos hacen de todos los años una simultaneidad que se siente en la piel, y de todas las sensaciones una trama ubicua en el tiempo y en el espacio. Sobre todo cuando estoy enamorada; me duermo y me despierto con la imagen del(a) amada(o) arañándose las entrañas, la garganta y el sexo—en ese (des)orden—y entonces la conciencia se me expande en un suspiro y el alma se me ilumina, como si después de haber “hilvanado los oscuros ojos de la noche” hubiera llegado a un claro del bosque al amanecer. Aunque, cuando no me hacen caso, el desamor se me clava en los bronquios y entonces me duele la soledad como una neumonía. Y si por ventura llegara en esos momentos algún reportero de aquella revista que hace del interrogatorio su identidad y su motivo publicitario: *Eres*; si desde la arrogancia de su juventud que se desperdicia en el cultivo de una belleza de portada, de pronto me espetara aquello de que “y tú, ¿quién eres?”, me echaría a llorar y le diría que soy enamo-

rada, que no puedo pensar en otra cosa y que, por lo tanto ¿no puedo *ser* otra cosa? Pero luego también me da por ser madre y tampoco puedo pensar en otra cosa, y entonces no me aguantan ni mis semejantes ni mis diferentes, pues no hablo más que de mi hijo y ando por la vida con su foto pegada en los labios

(♪♪♪ Tu retratito lo traigo en mi cartera  
y lo he de ver, y lo he de ver y lo he de ver... ♪♪♪)

Paréntesis musical válido también para la promoción *enamorada*.

¿Qué seré? ¿Todo? ¿Nada? ¿La sombra de lo uno mientras lo otro me ocupa entera? Lo que sí, clavada y de seguro, es que soy monomaniaca apasionada, y todas mis monomanías (que juntas conforman, supongo, una *plurimanía*) ya sea en sucesión, alternancia o superposición, desde luego no caben en la susodicha “F”, aunque le torciera los barrotes y les hiciera una extensión. También, sin lugar a dudas, soy confesional, y aun cuando me digan que debería darme vergüenza, pues no me da porque, a fin de cuentas, nadie podría despreciarme tanto como yo me he despreciado, ni hacerme el daño que yo me he hecho; eso me da una suerte de invulnerabilidad negativa. Sí, soy confesional a ultranza y, además, me aferro a ilustres antecesores para sentirme más segura: allí están San Agustín y Rousseau, y hasta Proust, mi favorito, aunque él es confesional de closet. Pero, en fin, hay para todos los gustos. Proust es mi favorito porque ha poblado la interioridad de formas precisas, individuales como personas, fascinantes y diversas como un mundo, nítidas aunque habiten las sinuosidades de la conciencia; de tal modo que al abrir la puerta del closet siempre me encuentro conmigo misma renovada.

Cuando leo, y especialmente cuando leo a Proust, soy ese yo (“Eres lo que lees”). El mundo del otro que dice yo, y acaba siendo yo, desrealiza al supuestamente mío, el cotidiano, en el que me muevo, trabajo y lleno formularios como éste. Soy entonces lectora; lectora del otro, de mí misma. Y aun en este momento, mientras escribo, soy enteramente la que escribe; unos rasgos, unas líneas que se cruzan y me buscan: un proyecto de

sombra. Ven, hermoso joven de poliéster, pregúntame otra vez “y tú, ¿quién eres?”, para poder responderte con orgullo, certidumbre y un dejo de superioridad que se dibuja en ese labio superior sonriendo a medias, en ese dedo meñique elevándose, digno, muy por encima de las multitudes digitales: “Y bien, sí, soy escritora. Ya puedes entrevistarme...”

Mas una vez terminada la entrevista y la ilusión de ser *alguien* con toda seguridad, se asoma entre los pliegues de la conciencia esa pregunta que no quita el dedo del renglón (aunque sea el meñique enaltecido): “¿y todo esto qué tiene que ver con la ‘F’?” Bueno, todo y nada. Habría que insistir que, finalmente, una escribe con la libido, que pare y amamanta con la *ídem*; que, después de todo, la pobre Yocasta no puede quedarse totalmente en silencio el tiempo que dure el drama de la vida; que también hay que abrir el closet para salir de él repoblada; que ser lectora es habitar todos los mundos, todos los sexos. Bien sabía Rimbaud de la anarquía del yo, de los géneros y las personas en promiscua y agramática contigüidad. *Je est un autre*. Yo sólo puede conjugarse en tercera persona y hacer concordancia con todos los géneros. Yo se mira en la superficie reflejante del verbo del otro, porque el poeta no dice “yo soy otro” sino “yo es otro”...

Y tú, ¿quién soy?  
*Between the conception*  
*And the creation*  
*Between the emotion*  
*And the response*  
*Falls the Shadow...*

¿Pero, qué es esto? ¡Apenas me voy dando cuenta de que me he saltado la casilla de la edad! Sí, ya lo veo venir, me van a echar encima todo el peso del estereotipo: que soy como todas las mujeres, que no puedo ni quiero decir mi edad. Pero juro que no es eso; después de todo ya he dicho que soy confesional, ¿no? ¡Cómo iba yo a esconder mi edad! Lo que pasa es que una no se puede pensar en el tiempo sin caer irremisiblemente en manos del temible enmascarado: “La Sombra”. Y aun así, habrá

que hacerlo. Pero, ¿cómo pensarse en el tiempo y seguir siendo cómodamente reflexiva? En pocas palabras, ¿quién soy habiendo sido? Claro que siempre podría yo echar mano de las argucias aritméticas de Lear, decir que el problema no es el medio siglo, que con *Imédia* de L'Oréal medio se disfraza, y más, que con unas mascarillas de altísima calidad y un *face lift* muy bien hecho hasta se podría crear la ilusión de un cuarto...

Pero, no, es inútil; la aritmética no puede salvarme de las otras que (no) he sido. Desde el fondo de los sueños destilados en la memoria, me miran unos ojos oscuros tras una espesa cortina de cabellos ondulados, aún más negros, largos hasta la mitad de la espalda. Es triste y solitaria y, por lo mismo, algo me diría hoy si no fuera por su arrogancia, por las extrañas ideas que tiene—según ella, aquí nada sirve y todo lo que vale la pena, hasta las películas, sólo puede venir de Inglaterra. Quiere ser fatal, con todo y que se esconde tras la cortina de cabellos. Aunque más bien *está* fatal la pobre. Como en una secuencia mal enfocada y peor encuadrada, la veo en un antro sórdido; desde las alturas de su infinita soberbia, le dice, indignada, a una mujer madura que la mira con piedad, que no se meta en lo que no le importa, que ella sabe lo que hace. La de cabellos largos, la del desdén en la memoria, se me desdibuja en el sentimiento, y, en cambio, hoy me parece más próxima la otra, anónima y desconocida; aquella que me decía con un fondo de angustia mal disimulada en el que quizá resonara su propia desesperanza, “pero, criatura, ¿qué haces aquí?” Y sin embargo, es de la otra, la joven fatal, de quien estoy fatalmente obligada a sentirme más cercana puesto que soyfui yo. Pues, será, pero por más esfuerzos que hago, no me la siento; me es más bien antipática. Se me desvanece en la oscuridad, lejana como una invención. ¿Y la que estuve enamorada del abarrotero español? A ésa la siento un poco más cerca, aunque esté más lejos en el tiempo, tal vez por la emoción. Después de todo, estar perdidamente enamorada se siente siempre igual. Pero lo que es al abarrotero español, a ése definitivamente no lo concibo. Ya ni siquiera es verosímil, como tampoco lo es la química que acabé por no ser. Y aquella que quería estudiar medicina, que se quería especializar en neurocirugía, ¿qué se habrá

hecho? Aunque he de confesar que la misma pregunta me hago con respecto de amigos a quienes querría ver con mucho más gusto que a la aprendiz de neurocirujana. ¿Qué se habrán hecho todos, todas?

Yos, otras, otros: un desfile de sombras me habita, menos sustanciales que las vagas formas del sueño de anoche. A pesar de que me es igualmente antipática, conozco mejor a la Mme Verdurin de Proust que a aquella desdeñosa anglófila de cabellos largos, y me conmueve mucho más Lydgate, el médico de *Middlemarch*, que la neurocirujana fallida. Lydgate y la Verdurin tienen más consistencia dentro de mí, conozco sus vidas y sus motivaciones secretas mucho mejor de lo que nunca conocí a las otras, las supuestamente yos. La paradoja es que sin ellas no soy nadie, que pensarme en el tiempo es pensarme en ellas y en todas las otras que he sido y no pesan más que una fotografía borrosa que ya ni siquiera traigo en la cartera. ¿Quién hay que pueda decirme quién soy?

¿Y acaso algún día seré alguien para quien este mi muchachito, aquí y ahora, se le antoje casi un sueño, como lo es hoy el bebé recién nacido de hace diez años? Y, al mismo tiempo, ¿cómo se explica que hoy me sienta ser más de lo que nunca fui, puesto que soy la suma de todas las sombras en las que me he desvanecido? ¿Y cómo es que, a pesar de la oscuridad, se han ido multiplicando los goznes que me articulan con el mundo?

*Between the desire  
And the spasm...*

A veces me gusta pensar que hay dos caminos para mirarme y pensarme en el tiempo. Uno es exterior: del espejo hacia adentro todo se me hace discontinuo, todo en mí me disgusta. Ahí, como en un palimpsesto, puedo leer otros rostros tras las líneas superpuestas y las gruesas capas de poros que, como piedra caliza, se le han ido aplicando al que veo reflejado. Como cuña litigiosa, se me ha clavado una arruga entre las cejas; otras se me pliegan en la comisura de la boca y alrededor de los ojos cuando me río. Contradictoriamente, tras la mascarilla pétreo de

los años, aún se adivinan, a veces, las mejillas sonrosadas, ligeramente velludas, de una tal Lucerito a la que todos los tíos, tías, madrinan y padrinos le andaban siempre pellizcando los cachetes y le decían “duraznito”.

No, del espejo hacia adentro, la serie se multiplica hasta el vértigo, más allá de toda posibilidad de reconocimiento en el corazón. Prefiero pensar en el otro camino, el interior, el que comienza en el vórtice del haz de sensaciones que los años han multiplicado y puesto a girar, aquél que *termina* en el espejo. Así, al final de este segundo camino, el reflejo ya no importa, pues a través del sentimiento, como vehículo translúcido, logro conectarme con mi propia oscuridad y con el mundo; sólo esa conexión me in-forma, me reorienta. En estos parajes interiores es posible reconocer y mantener una identidad en y por el sentimiento, en y a pesar de los vertiginosos cambios que el tiempo y los diversos espacios de mi vida han operado en mi cuerpo, en mi pensamiento, en mis circunstancias y hasta en mis inclinaciones. Reconocer un sentimiento como el mismo de hace veinte, treinta o cuarenta años es, verdaderamente, un pasmo. Un *lied* de Strauss, hoy, despierta emociones esencialmente idénticas a las que convocaba una canción de Johnny Mathis hace treinta y tantos años. Y hoy, como hace ya tanto tiempo, las entrañas de los árboles hablan en secreto con las mías y despiertan el anhelo de un abrazo arborescente. Han ido cambiando los objetos y los espacios en los que se ha volcado mi vida pasional, pero no la cualidad de la pasión.

Me siento unida a las raíces del mundo, me puedo multiplicar, conformar y transformar en la imagen que de él me he hecho. Y es por ello que me puedo reconocer como la misma en el sentimiento y verme crecer en aquellos objetos, en aquellos otros en los que mi alma ha resonado, en los que he encontrado la imagen, la forma de mis afectos. Porque el mundo está lleno de espejos: un amigo, un amante, un libro, una sonata, una canción... En la amistad profunda, de manera muy especial, o en el amor, existe la posibilidad, aunque remota, de mirarse en el otro como *otro*, de crecer, de ir dibujando a través del diálogo y la vida compartida una imagen de uno mismo, corregida, modificada y

complementada por la imagen que el otro tiene de nosotros. Así se va modelando un yo imaginario que tiene sus raíces en el otro como fondo de contraste.

Mas el objeto no lo es todo, hay que construirse un fac-símil espiritual que sólo puede ser y madurar en el tiempo interior; hay que estar preparada para ir a su encuentro (*ripeness is all*). Proust hace treinta y tantos años habría sido un fárrago voluminoso e indescifrable para mí. No, no es posible, ni creíble, como lo querría la Duquesa de Guermantes, incorporar la obra de un Frans Hals en la vida de la imaginación con tan sólo poner sus cuadros en secuencia sobre la plataforma de alguna estación ferroviaria, mientras pasamos sobre ellos la mirada apresurada del tren banal de nuestras vidas. Para llegar al encuentro con el universo del pintor, del músico o del escritor, se necesita un trabajo espiritual lento, laborioso y, por lo tanto, *tiempo*, porque el encuentro sólo puede darse dentro de nosotros mismos. Pero cuando ocurre, es posible vivir intensamente esa rarísima coincidencia entre el deseo y el mundo, entre el afecto y la imagen precisa que le da forma. Es esto lo que hace fructificar al sentimiento, a la imaginación, lo que constituye el milagro cotidiano de la vida espiritual y afectiva. Son hallazgos de la vida interior, cuando uno siente haber encontrado, como diría Yourcenar, el gozne que articula destino y voluntad.

Habría que insistir que la identidad se desdobra en infinidad de meandros que hacen de nuestra conciencia un abanico de simultaneidades, y si al pensarme en el tiempo a veces no me reconozco, en el tiempo he madurado para ir al encuentro de mi otro yo en el amor, en la música o en la palabra del poeta. No sé bien a bien quién soy, nunca lo he sabido, tampoco lo que fui. Mas por aquellos momentos privilegiados, efímeros como una revelación, en los que parecen coincidir el deseo y el mundo, ¡cuánto me gustaría volver a ser para poder ser!

Se oye en lo profundo rumor de quebradura.  
De la nieve de añicos brota un deseo,  
azul y frágil como flor de primavera.

Quisiera comenzarlo todo de nuevo,  
como si fuera de mañana y el aire  
y la tierra  
estuvieran llenos de rocío.

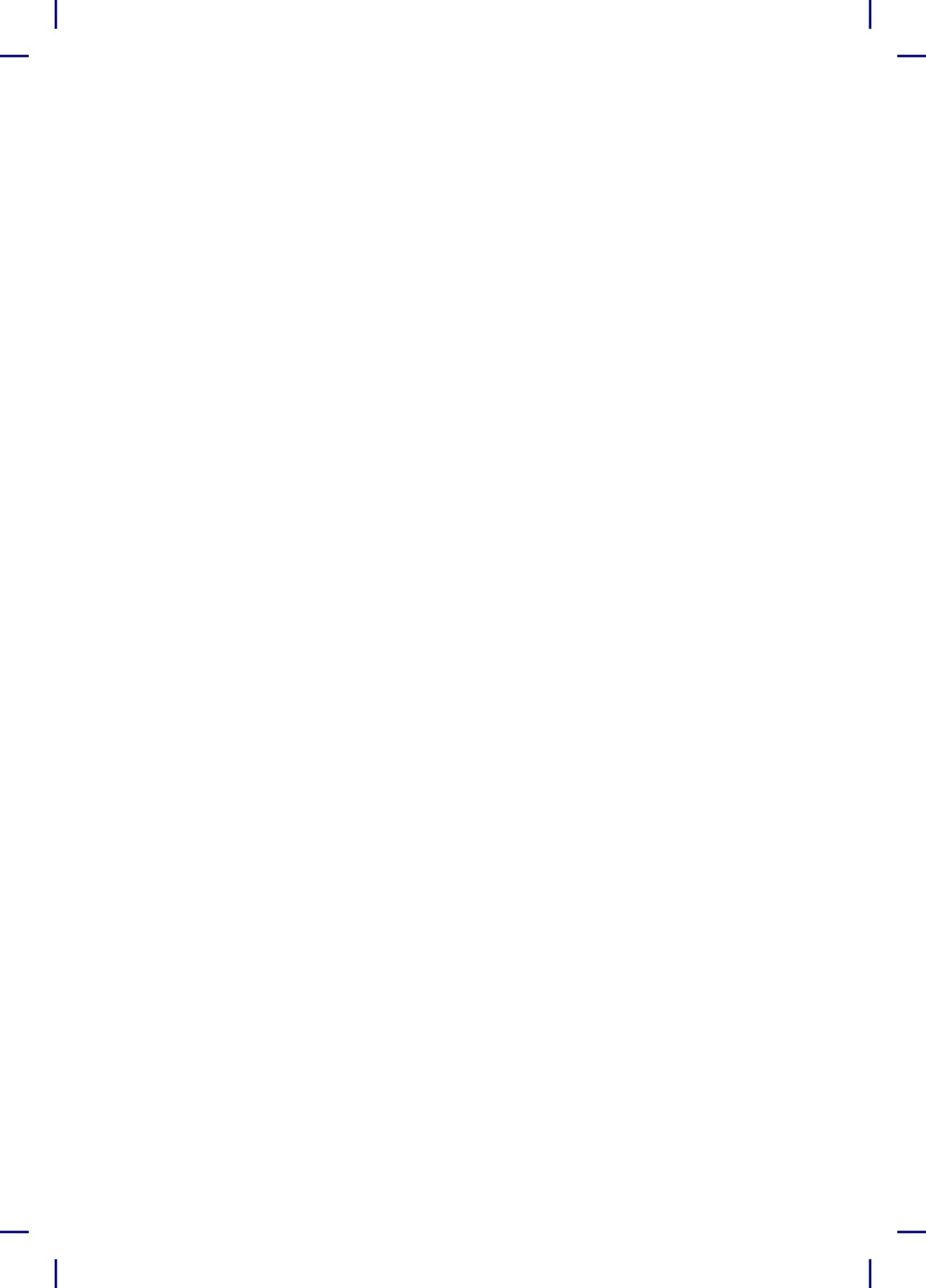
Quisiera enamorar al tiempo,  
ovillar en el corazón,  
para luego desmadejarlo lentamente al sol,  
como si tuviera todo el día por delante.

Paladear las palabras  
como si estuvieran recién horneadas;  
con ellas alimentar el alma,  
acariciar el cuerpo y arrullarlo con ritmos nuevos.

Buscar palabras irisadas,  
finas como hilos de seda,  
para tejer mi crisálida  
para teñir mis alas de esperanza.

Pero no es de mañana,  
ni tengo todo el día por delante,  
ni nunca el tiempo se ha dejado enamorar de nadie,  
ni nada puede ya tejerse  
de las oscuras madejas de los años.

1996



## Carta al vacío

agosto 23

**H**e vuelto a escribirte después de tanto tiempo, no porque crea que esta vez habrás de responderme; sé que eso ya es imposible. Pero necesito contarte nuestra historia, antes de que el tiempo termine por erosionarla más allá de todo perfil identificable. Quisiera rescatarla del pasado y del futuro que me negaste, darle una cara para reemplazar la tuya que se me ha difuminado con el paso de los años. Hubo una época en la que tenía una fotografía—sólo una—para poder pensarte visualmente, mas con tantos ires y venires por el mundo, se me ha perdido y el negativo que tengo en la memoria se ha ido borrando al punto de ya no saber si, por medio de un revelado en la cámara oscura de la imaginación, la maraña de líneas aún podría imprimirse para darme algo de ti en positivo.

Si te dijera que lo que hiciste conmigo no tiene nombre, le estaría dando un tono telenovelesco a nuestra historia, que ya de suyo es bastante patética, y no quisiera rebajarla aún más recurriendo al reclamo melodramático, aunque no sé hasta qué punto podré lograrlo. No, simplemente deseo contártela, porque cuando nos veíamos nunca hubo tiempo para el pasado, ni para las recapitulaciones, sólo para la proyección de un futuro, del que siempre te gustó hacer inventarios pormenorizados, y que nunca se materializó. De hecho, nuestro tiempo era tan reducido como el espacio de nuestros encuentros. Fuera de tu oficina nunca existí (lo más seguro es que fuera de nuestro tiempo tampoco); dentro, en cambio, multiplicabas los regalos, los planes, las alabanzas y celebraciones de todo lo que yo hacía. Antes de que me abandonaras por segunda vez, durante el breve intervalo de nuestras pláticas, me llenaste de dinero y de proyectos. Aunque me escatimaste tu presencia, me fingiste un lugar en tu vida. Pero cuando te fuiste, no hubo espacio ni para los pocos regalos que *yo* te había dado, ni siquiera para los poemas que te había escrito; me los regresaste en una cajita tan estrecha como el lugar

que ocupé en tu vida. Sin embargo, nuestra historia data de muchos años atrás, sí, *nuestra* historia, aquella que decías no tener tiempo de oír, aquella que, en realidad, nunca quisiste conocer, allí donde nunca estuviste.

Comienza en lejanas alturas urbanas, en un pequeño círculo de papel blanco, lustroso, sobre el fondo negro y reluciente del asfalto mojado, allá, muy abajo, en los confines de una tarde húmeda y gris, que puede localizarse en el tiempo gracias al espacio. Porque la de la ventana triste fue la única de mis casas que miraba a la calle. De ahí nos tuvimos que ir inmediatamente después de que te fuiste; era demasiado lujosa. Fue entonces que me abandonaste la primera vez sin que yo lo supiera. Quizá por eso es una historia sin rostro.

He estado mirando el círculo blanco sobre el alféizar de la ventana desde que comenzó a llover. Es como un resplandor que se me ha metido por los ojos, cegando toda otra percepción del mundo. La casa está a oscuras, no hay nadie cerca y me siento sola. Se me entume la nariz pegada al vidrio helado. Poco a poco la tristeza y el frío se han ido llenando de asfalto, de automóviles esporádicos que dejan rumor de agua revuelta en el chirrear de sus llantas, y de la lluvia que se ha llevado el papelito sin que yo me haya dado cuenta. De repente noto que ya no está aquí, cerca de mí; lo veo allá abajo, brilla en la negrura de la calle. No dejo de mirarlo para que no se me vuelva a perder otra vez, hasta que las luces de los faroles en la calle se encienden y se reflejan amarillentas en los charcos negros. Tengo ganas de llorar; ¿cómo es que pudo haberse ido tan lejos si estaba aquí? No entiendo nada. Los enigmas de la ausencia me llenan de perplejidad. No sé siquiera que tengo tres años, sólo sé que el círculo de papel estaba aquí y ya no está. Tal vez el juego de tantos reflejos explique la vivacidad del recuerdo. De ti no tengo ninguno; habría que mirar ese círculo a través de un vidrio oscuro, como se mira la vida y las heridas más profundas, para rescatar algo de su misma tonalidad, alguna figura que te recordara. Pero desde la ventana de mis tres años sólo se ven los restos de alguna corcholata de Sidral abandonada, una lluvia fina, en gris permanente, y un enigma sin solución.

Pasan los años. Eres una invención que se ha ido cocinando lentamente en lo doméstico, en la ausencia y en el silencio angustiados de mi madre. Una ficción sin cara, sin historia, que acabo por llenar con el detritus de la vida cotidiana. Rumores de guerra en la radio, todo mundo habla de Corea, pero eso es como cualquier otro cuento de hadas. Un buen día descubro, en un cajón, un traje de gabardina café; me pongo los pantalones y el saco que me desbordan por todos lados, me miro al espejo: ¡mi padre era un gigante! ¡Un héroe! Sí, claro, muerto en la guerra de Corea. Inútil verificar, sé que habré de toparme con el espejo de un silencio que solamente sabe mirarse, pero no importa, la fábula tiene ahora un cuerpo de dimensiones míticas y un relato posible.

Parece mentira cómo desde siempre se necesita una ventana con un quicio bien definido para no caer al vacío. Con la ficción que yo sola me construí quedé muy bien enquistada durante años. Pero la vida familiar nunca fue fácil. Cuando los pleitos entre mi madre y mi padrastro arreciaban, siempre terminaban por arrastrarme a mí también en su corriente destructora. Aunque el zafarrancho comenzara porque no había tortillas, inexorablemente desembocaba en el eterno reclamo de que yo era la hija del otro. A mi padrastro comencé llamándolo Lalo, más tarde, papá, pero con tanto desamor, acabé por decirle “oye”. Pero Oye nunca me dejó en paz. Yo vigilaba cada una de sus palabras, de sus tonos, oteaba el aire en espera del rayo que me fulminara, porque al correr de los años, durante las peleas que, con la llegada paulatina de cinco hermanos, a veces acababan en motín, relampagueaba siempre la amenaza de algo que yo tenía que saber; amenaza repetida hasta el cansancio, siempre monocorde, como una especie de salmodia hermética. Finalmente, las tormentas cotidianas acabaron por sacarme del quicio mítico en el que tan bien me había arrellanado. En una de ellas se rió a carcajadas mi padrastro cuando le dije que mi padre había sido un héroe y se había muerto en la guerra de Corea; entre risotadas, me informó que era un cobarde que ni siquiera me quería conocer pero en cambio me mandaba dinero para tatarle el ojo al macho. Parecía

el fin, pero en aquel momento sólo se destruyó un mito para ir al encuentro de otros.

Las batallas campales domésticas eran el pan nuestro, si no de cada día, por lo menos de cada semana. Y así pasaron los años. Un día, el pleito fue más violento que de costumbre; quizá Oye estaba más borracho que de costumbre. Lo cierto es que a la mitad de la noche debe habersele rayado la imaginación con tanto alcohol y no podía sino repetir lo mismo: “¡Anda, puta, díselo a tu querida hijita para que vea qué clase de madre tiene!” Mi madre, con los golpes, no parecía estar en mejores condiciones y sólo respondía con el mismo estribillo: “¡Ya cállate, Eduardo!” El martilleo de los gritos acabó por desquiciarme. Siempre era lo mismo, yo comenzaba llorando, luego trataba de intervenir, sin ningún efecto, más allá de ser silenciada con palabras hirientes. Pero esta vez era distinto. Con su cuerpo ebrio, balanceándose de un lado a otro, Oye bloqueaba el estrecho pasillo que conectaba la sala-comedor con las recámaras. Desde la puerta de mi cuarto lo observaba, aterrada como siempre. Me daba la espalda y por encima de su hombro podía ver la cara desencajada de mi madre. Al rato recargó el antebrazo en la pared, con el cuerpo ladeado y la cabeza gacha. Ya no se movía, aunque no por ello cesó la cantaleta. Esa semana había yo aprendido dónde estaba el cerebelo y las consecuencias mortales de un golpe asestado en ese preciso lugar. El de mi padrastro estaba expuesto, como una tentación. Sentí un frío en la coronilla, que luego se me fue resbalando por toda la espalda y se me ramificó a los brazos. Dejé de llorar, y una decisión implacable me hizo musitar, ¡se acabó! Fui a mi cuarto, donde arbitrariamente se alojaba la caja de herramientas, en busca del martillo. Sabía que sólo con él se podía poner fin a todo esto. No lo encontré. Más tarde supe que Oye se lo había llevado a la fábrica a principios de esa misma semana. Miré sin mucha esperanza a mi alrededor; no había nada que tuviera el peso suficiente para un golpe así, y mi valor, que para empezar nunca fue mucho, no daba para atreverme a pasar el bloqueo y buscar en la cocina un instrumento equivalente. Como helada ráfaga de viento había pasado la oportunidad; ahora regresaba el fuego estéril de las lágrimas y de la furia im-

potente. Cuando se vive en el infierno, siempre cree una haber llegado a lo peor o, por lo menos, al final de la estancia, como si sólo hubiera sido “una temporada en el infierno”, sin otra consecuencia que el tiempo transcurrido. Pero no, no se sale indemne de semejantes profundidades.

El tiempo pasa. Con tu dinero sigo yendo a la escuela de niñas ricas. No pertenezco, nunca pertenezco; estoy dotada de un padrastro y desposeída de todo lo demás. Ni siquiera tengo otra ropa que no sea el uniforme, si no es por aquella falda verde con jirafitas anaranjadas y amarillas, que en un principio era hermosa, pero que con los años perdió forma y color, sin más bastilla que bajar, ni relevo en el horizonte económico de la familia.

Todo este tiempo sé que hay algo que debo saber, pero el efecto avalancha de la vida en trifulca me ha hecho cada vez más cobarde. No, no quiero saber nada, porque presiento que me destruirá. Prefiero perderme en la ensoñación. Patinando o en bicicleta voy a la misma velocidad de mis fantasías que, de manera obsesiva, como lejanas sirenas, cantan siempre tres canciones: de amor, fama y riqueza. Aunque es mucho llamarlas “canciones”; eran más bien como ratas royéndome la imaginación todo el tiempo. Años más tarde, el psicoanalista insistió en que esos sueños de fama te significaban, porque, según él, si muchos me conocían, a lo mejor entre ellos estabas tú. No lo sé, quizá tenía razón, y sólo porque suena verosímil. Pero debo confesarte que en ese tiempo rara vez pensaba en ti; casi nunca trataba de imaginar cómo eras. No obstante, puede ser que te haya buscado por el bies de la fantasía. Puede ser que sea ése, también, el valor de la corcholata: el bies de un recuerdo.

Con los años y el progresivo deterioro de la familia, pasamos de no tener ropa a no tener casa y a vernos obligados a vivir con la madre de mi padrastro. Vino entonces a sumarse a la rapsodia de insultos la voz de la abuelastra; con ella aumentó la virulencia de las peleas, la sordidez de los apelativos. Hasta que un día fue ella quien me asestó el golpe que había estado esquivando por tanto tiempo, “...y esa hija suya, uno le da el nombre y otro la mantiene...” Se hizo un larguísimo silencio; hasta Oye se bajó del estribillo habitual. En efecto, no tuvieron nada más que

decir; había terminado el chantaje y con él toda posibilidad de responsorio. El melodrama, que durante años nos había hecho frecuentes visitas, se venía a vivir con nosotros de fijo; llegaba el momento de las revelaciones. A la hora de la hora, el rayo no me fulminó, sólo hizo que me saliera sangre por la nariz sin parar durante dos horas. Tuve que acomodarme al quiebre de una ficción más, para oír una “verdad” que parecía más inventada que las otras: mi padre, un político encumbrado que no me quiso reconocer, pero que mandó siempre una pensión. Eras de carne y hueso, con un nombre que nada tenía que ver conmigo, un puesto y un pasado político inverosímil, una oficina con ubicación precisa. Podía conocerte si quería. Sólo tomar un autobús, caminar, llegar... Tardé más de dos años en decidirme. O mejor dicho, fue el dinero el que lo decidió por mí.

Mientras tanto, me salí de la pantalla familiar. Claro que esto fue motivo de más pleitos y conciliábulos, pero la decisión estaba tomada. Me fui de la casa. Como era de esperarse, en mi ausencia continuó, inexorable, el rodaje de aquella cinta, pero, estando fuera, ya no me concernía directamente. Disminuyó el volumen de Oye hasta el susurro tamizado por el chisme semanal. No así el dolor de mi madre; era como si la hubiera dejado atrás, abandonada en una estación ferroviaria desierta. Pero tenía que salir porque sólo así podía comenzar mi propia vida. Conseguí entonces más horas de clase, puse mi departamento y, como dijera Pessoa, “viví, amé, estudié y hasta creí”, y todo ese tiempo tu fantasma siguió rondando mi cobardía, como una pesadilla o como un llamado.

Cuando cumplí veintiún años—la mayoría de edad entonces—estaba segura de que dejarías de mandarme la pensión, pero no fue así. La suspendiste dos años después, sin explicación alguna, sólo la orden al abogado que se ocupaba de tus finanzas de que suspendiera “ese pago”. Ciertamente, nunca había habido otra relación entre tú y yo que la de papel: dos cheques al año. Pero me sublevó el hecho de que te hayas referido a mí como “ese pago”, aunado a la arbitrariedad del acto mismo. Decidí entonces encarar al fantasma.

Llegué a ti sin más imágenes para representarte que la de un vago brazo tullido, sin más armas que una notita—escrita apresuradamente para no darme tiempo a arrepentirme de la decisión—donde te explicaba con toda puntualidad quién era yo. En tu oficina, uno de tus secretarios me informó que tu agenda estaba tan llena que tendría que esperar años antes de poder verte. Puse entonces la nota sobre el escritorio y le pedí que te la diera; tú sabrías si me querías ver o no. Por vergüenza, y porque nunca diste espacio para hablar de sentimientos, no te dije entonces de la humillación a la que me sometió tu secretario. Leyó la nota, a pesar de que le había dicho que era personal, y cuando se lo hice notar, me contestó con sorna, “Sí, ya veo que es bastante personal, *señorita*”. Fue tal el desprecio con el que me trató, que estaba segura de que no te la daría. Cuando minutos más tarde salió a decirme que en breve me recibiría “el Licenciado”, mi escepticismo cambió de rumbo. Me dejarías esperando hasta que me cansara y me fuera. Me armé de furia; tenía todo el tiempo del mundo y me iba a quedar ahí hasta que salieras. Pero lo que inmediatamente salió a mi encuentro fue la presencia de un biombo que no había notado antes. Supe entonces que había una puerta oculta y que mis bravatas interiores de nada servían. Aparecieron dos viejitos. No les vi la cara; no tenía caso, nunca había visto un retrato tuyo. Sólo les vi los brazos; los dos sanos, por lo tanto no podían ser tú. Y es que, a partir de las “revelaciones”, te convertiste en un saco lleno de fragmentos narrativos: que a los once años, jugando con una pistola, te habías dado un balazo en la mano izquierda y que por eso tenías el brazo lisiado; que habías sido el mejor abogado fiscal de México, que tu carrera política había sido brillante, pero que le habías apostado al gallo equivocado, Ortiz Mena; que Díaz Ordaz no te podía ver ni en pintura; que te habías casado no sé cuántas veces, que para mi madre habías sido un dios griego y que eras como Laurence Olivier. Los dos últimos atributos se me antojaron un tanto excesivos y, en todo caso, perdidos en un tiempo legendario. De cualquier manera, ya eras un hombre mayor, y ni la imagen mítica, ni la cinematográfica me compensaban la ausencia de una foto. Por eso me atuve al brazo, y así pasé revista a todo el que salió de tu

oficina. Fueron tantos que parecía una conjura en mi contra. El tiempo se me hizo eterno; cuando finalmente me hiciste entrar ya esperaba lo peor.

Sabía que tenías ojos verdes, pero nunca pensé que los vería llenos de lágrimas la primera vez. Al mirarte, algo en tus facciones me resultó familiar, pero no era el parecido con Olivier, aunque, en efecto, tuvieras de él un aire lejano, aun en la vejez. No, no era eso, era algo más conocido que me tomó mucho tiempo definir para *reconocer*. Pero ese día, me recibiste como si nos hubiéramos visto de manera cotidiana; con un abrazo, como si hubiera yo regresado de viaje; con una sonrisa, como si me hubieras querido siempre... Lo primero que hiciste fue tender un puente ligándote a mi madre por medio de tus preguntas. Como si de veras te importara. Claro, más tarde me cerraste el paso al advertirme que de lo que había ocurrido entre ella y tú no querías hablar. Mas ese primer día el puente fue casi mágico. Me atrapaste en tus seductoras redes de prestidigitador, y a pesar de que cualquiera le hubiera podido ver los trucos a tu magia, te la creí de cabo a rabo.

—“¿Cómo van las clases de francés?”

“¿Y tú cómo sabes que estudio francés?”

“Ah, es que yo siempre te he visto de lejos...”

Lo trillado de la frase, lo hechizo de la situación debió haberme puesto en guardia entonces. Ahí debí haberme dado cuenta de que siempre recurrirías a las frases aprendidas de algún melodrama barato para construirnos una realidad ficticia. Por eso nuestra relación quedó contaminada desde su origen. Aun así, te lo creí todo. Necesitaba creerlo, supongo.

Ese primer día, también te sacaste de la manga a otra hija para regalarme una flamante hermana. La mandaste llamar y por arte de magia apareció. Para intensificar el encantamiento hasta los lindes de la alucinación, conocerla fue como ver las formas vagas de mi rostro en un espejo. Más tarde, cuando me llevó a su casa, en su papel de prestidigitadora delegada, hizo aparecer tres sobrinas y más aires de familia. Sólo ella sabía que yo era su media hermana, no por ti, sino porque tu madre se lo había dicho unos meses antes de morir, con el encargo de que me

buscara, cosa que desde luego nunca hizo. Había otras dos, pero esas nunca supieron de mi identidad; siempre creyeron que yo era una amiga de Beatriz.

La segunda vez que te vi siguieron multiplicándose los actos de magia; me tenías listo un automóvil nuevo que me entregó, con factura y todo, otro secretario que, obligadamente, como en los cuentos de hadas, era el bueno. Como un surtidor, del sombrero de copa de tu fantasía y de tu poder brotaron sortilegios y regalos sin fin. Además del dinero entregado puntualmente en un sobre cada mes, había dinero extra para psicoanálisis, y sueños, muchos sueños a realizar, según tú. ¡Cuánto hablábamos! Que todas tus hijas habían ido al Colegio Alemán, pero ninguna quiso nunca estudiar letras como yo—una carrera tan interesante, incluso tú habrías querido seguirla—que cuando por fin tuvieras tiempo te ibas a dedicar a escribir, que estabas tan orgulloso de mí... Como tenías acciones en una editorial, prometiste que en cuanto reuniera más poemas me los publicarías, y que me ibas a mandar a Inglaterra. ¡Cuántos planes! ¡Qué simulacro de amor paternal!

Pero conforme pasaba el tiempo, se me agotaba la esperanza de que algún día pudiera comer contigo en algún restaurante, invitarte a mi casa o ir a un concierto. Cada vez era más claro que nunca me verías fuera de tu oficina. Cuando te pedí que vinieras a mi examen profesional, después de darme muchas largas, acabaste confesándome que a tu última esposa nunca le habías hablado de mí, que ya era demasiado tarde para decírselo pues, como era muy celosa y posesiva, no te lo iba a creer, pensaría que era yo tu amante. Que, además, tú habías sido maestro en la Facultad de Derecho, *in illo tempore*, y si alguien, misteriosamente salido de aquellos tiempos remotos y, de manera aún más inverosímil, ligado a la Facultad de Filosofía y Letras, si ese alguien te llegaba a ver en mi examen profesional ... más aún, si ese alguien resultaba conocido de tu esposa y luego le iba con el chisme de que habías estado en mi examen, y si entonces y si a lo mejor... acabarías teniéndote que divorciar una vez más y ya estabas demasiado viejo como para volver a estar solo. Perdóname, pero aún en pleno idilio, el razonamiento me pareció paranoico.

No obstante, lo acepté sin chistar, como había yo aceptado todas las demás reglas de un juego desconocido, que de hecho había yo perdido desde el primer día en que acepté entrar en el círculo mágico de ficción y de poder en el que me encerraste.

En tu oficina nos sentábamos a platicar en la proa de una interminable mesa de caoba reluciente. Ahí nos podíamos embarcar cómodamente, fingiendo tener todo el tiempo del mundo, y hacíamos deleitosas travesías imaginarias, entrando y saliendo de las islas del futuro que fuiste conjurando despaciosamente sobre innumerables tazas de café. En aquellos mediodías lejanos, la impresión de luz estriada sobre la madera sigue unida, para mí, a la memoria del vaso de leche que tomabas, ocasionalmente, con un ligero temblor de la mano. Pero nunca hablábamos de eso. El problema contigo es que había tantas cosas de las que no se podía hablar, entre otras esa úlcera que era crónica, según me contó Beatriz. La impresión de incongruencia era profunda. Alto y robusto, con esa mano derecha, velluda y expresiva, animada por una fuerza duplicada por la inutilidad de la izquierda, verla apretando un vaso de leche y haciendo esfuerzos para controlar el temblor fue algo que siempre me conmovió. Pero eso me estaba vedado decírtelo. Como tampoco me hubiera atrevido nunca a hablar de cuán perturbador me era verte tomar esa leche con un gesto de los labios que yo habría jurado me lo habías copiado; ni tampoco la extraña sensación, a veces, de que eras como un bebé cuando te reías. Un día, mirando fotos en el álbum de familia, me encontré una mía a los ocho meses; no fue sino hasta entonces que pude afiliar correctamente aquella sonrisa: era el bebé que *yo* fui quien se reía como su papá, y no mi lectura trastocada por los desfases de nuestra extraña relación.

Al correr de los meses, acabé viendo más seguido al psicoanalista que a ti; no estaba mal, era tu intérprete. A él tampoco podía verlo en otra parte que no fuera su consultorio-oficina, y las posiciones de diálogo no eran tan diferentes, sólo que en lugar de una mesa era un diván. Como en una especie de psicomaquia de la retroproyección, pasaban por la pantalla del psicoanalista, a mis espaldas, los fragmentos de imágenes con los que gradualmente te fui construyendo. Las primeras semanas, era a

un tiempo emocionante e insólito pensar en ti y ver, por primera vez en mi vida, una cara, pero con frecuencia sólo podía recordar una parte—aun ahora te me convertías en una pedacería de facciones. Un día me desperté y otra vez no veía nada, como antes, pero al siguiente regresó tu cara completa. Hoy se ha vuelto a borrar a fuerza de no verla ya. Ha sido como jugar a las escondidas con mi propia memoria. De acuerdo con el psicoanalista, estaba yo viviendo entonces el mismo proceso de construcción de la identidad de los padres por el que pasa un bebé durante los primeros meses de su vida. Pero hacer eso a los 23 años era bastante patético. Aunque no me es tan desconocida la situación; siempre he llegado tarde a todo. Alguien me dijo, años después, que esa labor de identificación en mosaico también suele ocurrir cuando uno se enamora. Puede ser, aunque sólo contigo me ha pasado. Como ves, has sido en mi vida una presencia indirecta, siempre diferida...

### **septiembre 14**

No sé por que te escribo todo esto. No lo leerás, como nunca leíste las otras cartas. No tengo nada, más que el afán de contar una historia sin sentido, una historia diseminada. Un afán a los cuatro vientos. Me he pasado semanas enteras encerrada en el círculo oscuro de los años, y aunque dejé de escribir desde hace un par de días por el dolor del brazo, no por ello me siento menos prisionera de mi propia escritura. Es una lata este brazo, ¿te acuerdas que te conté cómo a los trece años me lo lastimé en los rodillos de la lavadora? Estaba descompuesto el mecanismo que la apagaba y cuando se me fueron los dedos, al estar exprimiendo la ropa, no la pude parar. Grité para que la desconectarán. Cuando finalmente se detuvo, al pasar entre los rodillos, mi brazo quedó muy bien “exprimido”; se me habían recorrido todos los músculos hasta la mitad del antebrazo. Aunque con masajes los regresaron a su lugar, nunca volvieron a ser como antes y, siempre que estoy en una situación de mucho estrés, me duele al grado de casi no poder moverlo. Supongo el dolor no tiene por donde salir y queda atrapado en los vericuetos de unos músculos que quedaron como las columnas del baldaquín

de Bernini. Pero, aun cuando no podía escribir, como todo me seguía dando vueltas en la cabeza, me puse a hurgar en el cuarto de los trebejos, a ver si encontraba la foto perdida o alguna otra cosa que me hablara de ti. Ya ni encontré el recuerdo del traje de gabardina café. De pronto me di cuenta de que no tengo nada tuyo, ni siquiera un papel escrito, puesto que jamás quisiste comprometerte con algo de tu puño y letra. Busqué también las diversas cartas que te escribí; encontré borradores casi ilegibles, innumerables papeles garabateados; la única inteligible es la que te mandé desde Inglaterra hace más de veinticinco años. Al volverla a leer, me dio vértigo; sentí como si el tiempo diera vueltas. Nunca, por lo visto, salí del estupor, ni acepté el haberte perdido. Puesto que no leíste esa carta entonces, porque finalmente nunca pasaste a recogerla a casa de Beatriz, donde te la había mandado, te la voy a transcribir ahora.

### **Leeds, octubre 11, 1972**

¿Cómo empezar? No viene a cuento ni el cómo-estás, ni el qué-has-hecho, ni el espero-tener-noticias-tuyas-pronto; porque sé perfectamente que ésta, como la carta de hace dos años, no la leerás. Hace dos años tenía la esperanza de poder restablecer el hilo de comunicación entre tú y yo; hoy la certeza de que no la vas a leer me echa en cara lo inútil de este intento. Porque soy un signo olvidado, porque ni siquiera tengo tu dirección –así tan poco te conozco. Porque no me queda más que mandártela con Beatriz, como la primera, y mandártela con ella es como mandarla al olvido; con Beatriz que en todo este tiempo no me ha escrito, con Beatriz a quien ni siquiera sé si todavía ves o no. A fin de cuentas, aunque la vieras, aun cuando supieras que ahí está esta carta esperándote, por segunda vez no la recogerías. Sin embargo necesito escribirte, aunque no sepa dónde vives, a sabiendas de que no la

recogerás ... casi iba a decir, aunque no sepa quién eres. ¡Dios! es como tocar a la puerta del castillo de Kafka: no te puedo ver, no contestas mis cartas, no sé dónde vives, no sé quién eres, pero eres mi padre y tengo que escribirte. No, ni siquiera lo último está claro: no sé por qué tengo que hacerlo –escribirte, me he estado diciendo, es escribirme. ¿Y qué? Hay pus en tu recuerdo, papá. Ya han pasado tres años desde que dejé de verte y aunque, sí, el tiempo ha borrado los contornos más dolorosos de tu ausencia, cada que vuelves a mi memoria se me llenan los ojos de lágrimas y el alma de perplejidad.

Cuánto me dueles, papá; me dueles por estos tres años y por los otros veinte de silencio que pasaron antes. Y no los entiendo: ni los veinte, ni los tres, ni el año y medio en que fui a verte una vez por semana –eso sí, muy puntualmente– para jugar a que nos conocíamos. Por eso tal vez es que te estoy escribiendo, para entender, o por lo menos para entender por qué no entiendo. Ya no me acuerdo qué te dije en aquella carta hace dos años, no importa; hoy quiero decirte lo que no me atreví a decir en aquel año y medio por miedo a romper el encanto. Se rompió de todos modos; ahora es el silencio lo que es necesario romper. Ah, pero aquí estoy, temblando de pies a cabeza, luchando contra la tentación cobarde de dejarlo todo por la paz y sabiendo al mismo tiempo que, una vez terminada esta carta, la voy a poner en el correo; se vendrán días de desasosiego, y sé que voy a esperar y a esperar, hasta que se me haga un vacío en el estómago que me diga que desde un principio sabía que no habría respuesta. Pero contra toda razón, contra toda evidencia, voy a esperar una respuesta.

Ayer cerré los ojos mientras oía “El mar”, de Debussy, y me asaltó tu imagen con una claridad que había perdido en los últimos tiempos; me llenó de angustia que hubieras estado tan lejos siempre y supe que tu imagen aun en ese momento retrocedía en la distancia, que año y medio de presencia no podría detener el oleaje del tiempo. Sé que nunca te volveré a ver. Ya siento tu imagen dentro de mí como una rama de árbol hundida en la neblina.

No podré recuperar nuestra relación, ni en la imaginación, ni en esta carta, ni en la realidad, porque creo que jugamos tan bien que la hicimos nula. No hay hilo que restablecer. ¿Te das cuenta? Todo fue un simulacro, quisimos limar tantas asperezas del pasado que limamos el presente y no quedó nada para el futuro, salvo el recuerdo de una oficina. Todavía antes de venirme a Inglaterra, cada vez que pasaba por ahí, se me hacía un nudo en la garganta, se me agolpaban los recuerdos y la incongruencia de sentir cariño y nostalgia por un edificio tan impersonal. Es curioso cómo cada vez que te vas se van los lugares contigo. Una oficina, un edificio, una calle, esos son mis recuerdos filiales: el desnivel de la calle, los escalones que tenía que subir para ir a verte, el elevador al octavo piso. Luego, tu oficina, el contorno de México en metal sobre la pared, los muebles con patas de águila, la enorme mesa de consejo que, ahora a la distancia, le da un sabor patético a nuestras pláticas. Las tazas de café, el ocasional vaso de leche porque te dolía la úlcera. La charla cálida, tan fluida, variada, entretenida ¡cuántos intereses en común! como si hubiéramos compartido otros tiempos y otros lugares, sin asomo de conflicto (lo limamos tan bien que borramos toda

posibilidad de resolverlo). Efectivamente, teníamos muchos intereses en común y me gustaba hablar contigo. Tanto de qué platicar: mis estudiantes, los que un día tuviste tú, la profesión, tu rancho, los poemas que escribía y que siempre sobrestimaste, mis sueños y las asociaciones psicoanalíticas que sacábamos –ah, cuánto hablamos de psicoanálisis sobre una taza de café. ¡Hablamos de tantas cosas! Menos de ti y de mí.

Sin embargo, en el curso de esas pláticas, aprendí a quererte; quizá necesitaba quererte. Pero desde un principio hicimos a un lado todo lo demás. Me advertiste que de lo que había pasado entre mi mamá y tú no querías hablar, que habías cometido el error de no decirle a tu esposa que yo existía y ya era demasiado tarde para decírselo porque no te lo creería. El mensaje entre líneas circunscribía mi existencia a tu oficina. Acepté las reglas del juego y por año y medio me senté a jugar contigo una partida de antemano perdida. Seguramente necesitaba quererte. Y saqué mi rey de sueños contra tu rey de teoría psicoanalítica (mano perdida); puse mi diez de logros sobre la mesa, sacaste el tuyo de estímulos. Saqué mi jack de sueños literarios, me enseñaste el tuyo del mismo palo. Y todo este tiempo el juego parecía equilibrado; podíamos fingir que teníamos una relación padre-hija carta tras carta. Pero yo tenía el as de preguntas que sólo el tuyo de respuestas podía complementar para dar final a la partida. Estaba contra la reglas. Me habías negado la existencia y el derecho a indagar. Nunca insistí; acepté las reglas que me negaban. Al principio me inquietaban, después jugamos tan bien que creí que era real lo que pasaba en esa oficina, que ahí los ár-

boles podían echar raíces de continuidad. Pero el México en la pared no era tierra fértil, sólo contorno de metal. Hoy mi padre es una calle, un edificio, una oficina, pláticas sobre tazas de café, una vida no compartida y el recuerdo de una cara que se diluye con el tiempo.

Un día de enero te llamé por teléfono: “el Licenciado” ya no trabajaba ahí; no, no había dejado ningún mensaje para mí. Debí haber sabido en ese momento que había yo dejado de existir para ti, pero ante la noticia sólo respondí con incredulidad y consternación, ¿sabes?, cómo te podían hacer esto, qué ibas a hacer. Había que constatarlo; Beatriz me lo confirmó. Para entonces ya se me habían olvidado las reglas—seguramente necesitaba disimular. Pensé que ante las circunstancias ya nos veríamos algún día en algún lugar; por el momento era cuestión de saber cómo te sentías, qué pensabas hacer, habría consecuencias, en fin, como siempre, preguntas sin respuesta. Beatriz me daba noticias vagas: minimizabas la importancia de la situación, tus trabajadores te regalaban un piano blanco, te ibas al rancho, regresabas; alguien te criticaba por la pose en una foto del periódico, ponías en relieve el aspecto cómico de otro artículo; te ibas al rancho, regresabas... Y conforme fue pasando el tiempo, silencio, y un por qué magnificado en ecos incomprensibles. No, no había aceptado tus reglas nunca, ni las había entendido; pero qué bien había simulado ante mí misma. No habría ya otro tiempo ni otro lugar, como no los había habido antes.

Ese día de enero debió haber sido de duelo; debí haber llorado mi muerte en tu vida *entonces*. Pero no, me obstiné en creer que algún día en algún lugar te volvería a ver. ¡Por dios que se me atragantan tantos meses de obstinación! Semana tras semana preguntándole a Beatriz si te había visto, si sabía como estabas, ¿habías preguntado por mí, te volvería a ver? ¿No te daba por favor una carta que te había escrito? ¿Ya te había dicho de la carta? Sí, la pasarías a recoger un día de estos; que sí ya la habías recogido; que si ya sabías que me iba becada. ...

Te juro que todavía el día anterior a mi salida de México tenía la esperanza de verte—te digo, aun ahora sé que, contra toda evidencia, voy a esperar respuesta. ¡Mi esperanza! Hay pus en tu recuerdo y en mi esperanza; está infectada de perplejidad, insensible a tu ausencia repentina sin explicación; insensible al rechazo sin palabras, a las preguntas no hechas, al reencuentro evadido, al dinero sin mensaje ni recuerdo; a la indiferencia y al silencio que lo han invadido todo. Seguramente necesitaba quererte.

Tú, seguramente necesitabas negar mi existencia en tu vida. Muchas veces me he preguntado por qué, pero todo lo que puedo hacer es tratar de imaginar que constituyo un peligro tal a tu vida establecida que has necesitado siempre mantenerme como a un objeto clandestino. Quizá no es que me consideres un peligro; habrá otra razón que se me escapa porque no te conozco—me son tan ajenos tus fantasmas. Me negaste el nombre (desde entonces habías establecido las reglas del juego pero no lo quise ver);

luego mandaste dinero todos esos años. Nunca entenderé por qué lo hacías, ¿para sustituir el nombre, para sustituir tu presencia, para llenar el silencio? Podría llenarlo yo con preguntas pero sólo lo agrandan. ¡Cuántas veces me diste dinero para justificar tu ausencia! No podías ir a mi examen profesional (me son ajenos tus fantasmas) pero quisiste costearme la tesis como un regalo. Me llenaste de regalos. En aquella época me hacían feliz, créeme, después de todo eran regalos disfrutables y venían de ti, y todo lo que venía de ti me hacía feliz porque en ello vislumbraba continuidad: un recibimiento que no esperaba, una hermana, una plática, un abrazo, una palabra cariñosa, un 'meine liebe Tochter' que no se me olvidará jamás, una sonrisa, un coche, un diccionario de sinónimos y antónimos, un estímulo, el costo de más de un año de psicoanálisis, regalos en dinero. Todo tenía significado, o por lo menos así lo creía—símbolo de tierra donde echar raíces, una visión. Pero por segunda vez en mi vida, te fuiste sin anunciarlo. Pasaron los meses, la comunicación negada, la carta no recogida... Le hablé a uno de tus secretarios, tal vez con él habías dejado un mensaje. No, no sabía nada pero cuando te viera te preguntaría. Mandaste dinero.

Las preguntas no contestadas, la cita no concertada, la carta no recogida se deslizaron por los días y los meses. En la Navidad del '70 mandaste con Beatriz, una vez más, dinero en un sobre de silencio. Cómo duele el dinero sin rostro. Pero ese dinero tenía una voz que me dijo que no te vería más, que esta vez la culpa sería tan grande que haría la sustitución cada vez más complicada, inconveniente, estorbosa; el único recurso, la anulación. Sí, quizá la voz

sobrestimó el sentimiento; no culpa, indiferencia. Pero aun con esa distinción de grado, la voz tuvo razón; nunca he vuelto a saber de ti, ni has querido volver a verme. Así era más conveniente: capítulo concluido. Para ti. Y yo, ¿yo qué voy a hacer con este saco de preguntas?

### **octubre 12**

Estoy emocionalmente cansada por todo lo que te escribí ayer, papá. Pero es inútil, no hay ahí más que un cúmulo de imágenes huecas en mi intento de expresar lo que siento, de entender. No sé, tanta imagen, como si las hubiera inflado para que te alcancen: ramas de árbol hundidas en la neblina, cartas sacadas de una baraja fantasmagórica. De todos modos eres más imagen que padre dentro de mí. En realidad y haciendo a un lado lo que siento por ti, más eres un conocido, un amigo lejano al que vi por dieciocho meses, una vez por semana. Hasta con el psicoanalista fui con más frecuencia y hablé más con él que contigo. Pero no se llora la ausencia de un conocido tantos años antes y después de haberlo visto, ni el recuerdo del amigo lejano escalda los ojos así, ni deja cicatrices purulentas. Eres el extraño, indiferente, como espejo que no devuelve imagen por más fijamente que se le mire.

### **octubre 13**

Tengo gripe y me siento decaída. Desde hace tres días que casi no salgo y en la cabeza sólo tengo esta carta que gira y gira sin tomar cauce definido. Creo que aunque la leyeras no se iba a lograr nada más

que los últimos fragmentos del encanto se hicieran añicos. Quizá fuera necesario y saludable. Nunca te gustaron mis poemas angustiados, ¿te acuerdas? como el de las voces. Si aquel pobre e inofensivo poema te molestó, esto, si lo lees, terminará en el bote de la basura, junto con mi impertinencia.

Anteayer soñé contigo. Entraba en un cuarto y estabas ahí; era como un terremoto emocional. Quería correr a abrazarte y llorar de gusto. Pero ahí estaba tu hija Laura y nada más intercambiábamos miradas—había que mantener la apariencia de que no nos conocíamos. Qué coincidencia un sueño así en estos días en que no hago ni como ni pienso ni vivo más que este mi padre que no sé qué hacer con él. Además sentí que el sueño era revelador de lo que soy: es exactamente lo que haría si te volviera a ver; volvería a dejar mi saco de preguntas en algún rincón. Seguramente aún necesito quererte.

Por cierto que unas semanas antes de irme de México, me era tan vital verte que hasta estuve jugando con la idea de irme a parar frente al banco donde tienes tu cuenta y esperar día tras día hasta que por fin te aparecieras, o pararme frente a tu casa, dondequiera que ésta estuviera, y hacer lo mismo. No me acuerdo si Beatriz me quiso dar la dirección o no, si se la pedí o no. Pero, curiosamente, me sentí atada como por un lazo de "honor" a aquellas reglas, y como buena jugadora que soy, no quise hacerle trampa.

octubre 20

Quizá si el espejo me devolviera una imagen algún día, podría empezar a poner orden en este caos, papá, pero cada vez aumenta la certeza de que aun cuando leyeras esto, el rechazo sería total y posiblemente abierto, como no lo ha sido hasta ahora. Quizá fuera mejor; si no puedo integrar los fragmentos que tengo de ti, más vale que los destruyas de una vez por todas. Ya no quiero pedazos. Pero al mismo tiempo que estoy escribiendo esto, y que estoy consciente de la posibilidad, la enorme cobardía que es parte de lo que soy quisiera huir de estas palabras, huir de la vulnerabilidad en la que esta carta me pone, y suplicarte, a cambio de borrar todo esto, que me quieras. Tal vez eso fue lo que hice en la carta pasada: una súplica velada, un grito ahogado—no te vayas papá, no me niegues. En fin, ese hilo ya no lo puedo seguir; lo cortó el silencio. Pero siguen ahí los fragmentos y ya no los quiero.

Siento mucho que esta carta no haya sido “bonita”, va contra las reglas, pero son reglas que ya no puedo ni quiero seguir.

\*\*\*\*\*

Releyendo aquella carta me doy cuenta hasta qué punto soy la misma por el dolor y otra por el olvido. Acabo de decirte que no tengo nada de ti; miento, aún tengo ese diccionario que me regalaste pero que, de tanto convivir con él, acabé por olvidar que habías sido tú quien me lo regaló. Y aquel “*meine liebe Tochter*” que, según yo, jamás olvidaría, me conmovió otra vez,

como si me lo acabaras de decir, pues se había borrado totalmente de mi memoria. Y me sorprende lo mucho que me preocupaba entonces que fueras a pensar que lo que te escribía no era “bonito”; debo haber tenido mucho miedo de que me rechazaras, pero el sentimiento se ha borrado en mi recuerdo. Es cierto, siempre dijiste que sólo había que hablar de cosas buenas, y yo por lo visto, aun tres años después, ya viviendo en Inglaterra, seguía atada a tus reglas, aunque creyera lo contrario. *“Hoy quiero decirte lo que no me atreví a decir en aquel año y medio por miedo a romper el encanto”*. Mas en este nuevo hoy, me es de tal suerte evidente que no me atreví entonces, que me pregunto hasta dónde me estoy atreviendo “hoy” con esta carta. Porque entonces no te hice notar, como ahora, que me trataste como a una amante clandestina; por cobardía no terminé de citar tus palabras: *“habías cometido el error de no decirle a tu esposa que yo existía y ya era demasiado tarde para decírselo porque no te lo creería.”* No me atreví a añadir la última parte de aquel extraño razonamiento: no te lo creería porque ella pensaría que yo era tu amante, eso fue lo que dijiste. Ni te hablé entonces del dolor insoportable que sentí al abrir el sobre que me enviaste con tu secretario, el bueno; ni cómo, al recibirlo, tenía la certeza de que sería una carta donde me ibas a explicar el por qué de tu silencio o los pormenores de dónde y cuándo se reanudarían nuestras pláticas. Nada, ni una sola palabra; en el sobre encontré solamente diez billetes de a mil (muchísimo dinero en esa época, por lo menos para mí), diez pedazos de papel que me quemaron los dedos y el corazón.

Así, como si estuviera marcada fatalmente, nuestra historia acabó revirtiéndose al papel; nunca habría nada más. Quise romper el silencio entonces; no lo logré, como tampoco lo voy a lograr ahora, lo sé. Sólo que esta vez no voy a esperar una respuesta, ni a sentir aquel doloroso vacío en el estómago con el que la esperé durante semanas, hasta que la inercia del tiempo me lo llenó como un reloj de arena.

Me pregunto a veces por qué periódicamente vuelvo a quedar atrapada en los aros estériles de este dolor. Pasan los años, me construyo toda una vida, me lleno de amores y de amistades, de otros desencantos y dolores, se me acumulan via-

jes y éxitos profesionales, y sobre todo, vivo el milagro de haber tenido un hijo, de verlo crecer y tener atisbos a un mundo infantil maravilloso. *Entonces* no eres más que una anécdota curiosa, polvorienta y arrumbada en el desván de la memoria. Pero en la espiral de los años vuelvo a encontrarte siempre, a encerrarme una temporada con tu recuerdo. Tal vez sea éste, por fin, el último circuito de una carrera perdida en el tiempo...

Después de que regresé de Inglaterra, supe del progresivo deterioro de tu vida. La ruptura con Díaz Ordaz había puesto punto final a tu carrera política. Ahora tenías todo el tiempo que antes añorabas, pero habías olvidado tus proyectos de escritura. Más tarde volví a irme, a hacer un doctorado tan absorbente, tan lleno de dificultades y fascinaciones que, en los siete años que me llevó hacerlo, creo que muy rara vez me acordé de ti. Al regresar, me enteré que tus círculos familiares y de amistades se habían ido reduciendo cada vez más. Finalmente llegó un momento en que todo para ti era tema tabú; nadie podía hablarte ya de nada. Un día, en una comida de familia, una de tus hermanas te preguntó por el rancho y, cortante, le dijiste que de eso no se hablaba. Desesperada e ingenua, ella gimoteó que entonces ya de qué iban a hablar. Además, por miedo a divorciarte de tu última esposa y a quedarte solo, acabaste peleándote con todas tus hijas, incluyendo a Beatriz, y tu vida se redujo a la lectura de *Vanidades*. Con el poder, se habían ido los proyectos de creación, la fantasía, la agudeza intelectual, todo. Como el rey Lear, fundaste tu identidad en el espejo del poder público; cuando lo perdiste, no quedó de ti más que una sombra. Sin embargo, a diferencia de Lear, nunca tuviste el valor de arrojarte a los abismos de tu soledad, de la nada en la que había terminado tu vida; quedaste atrapado en la vanidad de tu propia historia.

Luego un día, por las esquelas del periódico supe que habías muerto. Nadie me avisó, ni hubo nadie con quién compartir el dolor de la ausencia definitiva. Pero, en fin, qué podría yo concluir ahora sino que, a pesar de todo, ésta ha sido una historia consistente hasta el final, incluyendo esa muerte de papel. Papeles es todo lo que me ligó a ti durante los primeros veintitrés años de mi vida; papeles es todo lo que me queda de ti. Y ni

siquiera son tuyos, sino míos; un tiovivo de signos que gira en torno de mí misma. Sí, lo supe siempre, *escribirte es escribirme*; escribir un relato sobre nada, sin pasado, ni futuro, cimentado en las arenas movedizas de un presente ficticio, en un país imposible, con litorales de metal. Por ello es la historia de una negación, escrita para nada, para que la lean todos y nadie, o quizá un mi padre que llevo dentro y que no eres tú aunque te le parezcas. Decía Proust que “con frecuencia, un nombre es todo lo que nos queda de una persona, ni siquiera después de la muerte, sino aun en vida”, un nombre, sí, y, con suerte, una historia. Aunque fuiste un personaje muy secundario, inscribir tu nombre en la historia de México fue la ilusión que te animó siempre. Para conseguirlo, antepusiste tu carrera política a todo, y tu imagen pública acabó siendo tu identidad, tu proyecto de vida, tu única ambición. Pero hoy, en el volátil escenario político de México, ya nadie se acuerda de ti. De ti ya no hay más historia que contar que la mía. Estarás por ello condenado a esta nueva vida pública de papel, sin tiempo, sin espacio, sin identidad... Porque, después de todos estos años, *no soy yo*, desde luego, quien habrá de darte un nombre.

1997

## Como bandera vagabunda lacayando la marea...

*Ophelia: Lord, we know what we are, but know not what we  
may be (...)*

*Gertrude: (...) her garments, heavy with their drink,  
Pulled the poor wretch from her melodious lay  
To muddy death.  
(Hamlet)*

**L**as palabras arrullan, dan forma y color, están siempre allí, en todo lugar, en todo tiempo. Aquí y ahora, en el claustro de esta habitación que se abre por un tragaluz a una bruma sin fin, necesito acunar mis sentimientos maltrechos, colorear esta grisura que ha terminado por invadirlo todo. Gris por dentro y por fuera, como hace meses cuando salí del paraíso, como hace ya semanas pues no sale el sol en esta ciudad de lluvia perenne, de cielos pardos y frío húmedo que cala los huesos como una condena, que lacera los bronquios hasta hacer de cada inhalación una puñalada. Me asalta el gris por todas partes, se me mete en la piel y en los ojos, en la nariz y en el alma. Vivo en Bayswater, pero ahí no hay más que agua de cemento; una bahía de calles plomizas, con jardines sembrados de árboles cenicientos, sin la esperanza azul de los *crocuses* que ya nunca veré. Gris que huele a rieles y vagones perdiéndose en los túneles del *underground*. Aun cuando me paseo por el South Bank, unas placas de metal líquido se adhieren a mi piel, y mis ojos se van deshilachando en las riberas de ese río lodoso, sucio como una tentación, con aguas que me apresan en su oscuro vaivén de ondulaciones y remolinos amarillentos.

¡Y pensar que estos mismos lugares me parecieron encarnar la felicidad hace ya más de dos años y medio! Y no es el cambio de estaciones... si no fuera por las estaciones del alma... Pero en fin, Londres había sido la Meca de mis lecturas, el inicio

de una vida nueva, una liberación. No estaba sola como ahora, ni tendida sobre el entretiem po del desengaño y una débil esperanza.

Apenas comenzaba la vida en la redondez plena de un contento que se arrellanaba en este mismo *flat*, ubicado, en el espacio, en Craven Terrace, a unas cuantas cu adras de la estación de Lancaster Gate, pero a varias brazas de profundidad en el sentimiento—*Full fathom five thy father lies*. Un pedacito de los Kensington Gardens a la vuelta de la esquina; sí, a la vuelta de la esquina, como el amor, como la vida nueva. En aquel tiempo, no me molestaba que nuestro departamento fuera tan claustrofó bicamente pequeño, lleno de rendijas en la madera del piso y en los marcos de las ventanas, por donde se cuelan los aires más helados; con ese calentadorcito de gas estilo parquímetro, donde tantas veces me he estacionado, aterida, durante horas, para cumplir con un simulacro de calentamiento; donde he ido dejando caer moneda a moneda los restos de una economía ficticia y los sueños de toda una vida. ¿Cuántas monedas costará liberar ese gas, cuántas más liberarme? *Those are pearls that were his eyes*.

Entonces el calor y el color venían de la emoción; entonces no me importó aguardar pacientemente a que Juan se decidiera a romper con todo, esperar hasta que pudiéramos volar a este hermoso mundo de inmensos follajes que aspiran a tocar las nubes y descienden en cascada para besar la tierra y el agua, un mundo de susurros y vientos que todo lo aligera. Aun antes de llegar aquí me sentía ingrávida, enamorada y llena de esperanzas. No me preocupaban sus malos humores, sus constantes ausencias, el misterio con el que rodeaba todos sus actos, como si yo no contara, como si no estuviera ahí, esperándolo. Era un mal sueño del que habríamos de despertar aquí. Yo sabía que no era fácil la ruptura con su gente, con su trabajo, hasta con el país del que tanto se había quejado siempre. Sabía, además, y a pesar de lo que dijera mi familia, que por ser tan orgulloso tampoco le sería fácil depender por un tiempo de la precaria fortuna que yo había logrado amasar, al vender todo lo que era mío sin amarres. Él se desesperaba ante la incertidumbre, pero yo lo animaba tejiendo interminables historias de amor y de gloria. Y por un tiempo,

me convertí en una suerte de Penélope de los vientos, viento en las palabras, en los sueños; porque sin material alguno, Penélope teje en el vacío de la ausencia, en el engaño de una ficción. Obligada por la realidad a destejer constantemente, su alma sin embargo está siempre de pie porque teje la Esperanza.

Hoy no me queda ni eso: estoy varada en Bayswater, pegada a una rémora que me deja anclada al calentador, aquí, en la terraza de los anhelos perdidos, o que, cuando mucho, me permite entrar en la oscuridad del *underground* para escandir la desesperación en la intermitencia de unas luces que rompen la oscuridad a gritos, hasta llegar al río, imán de mis últimos sueños. *Oh, that this too too sullied flesh...* Ya todo es sucio: el río, el cielo, esta carnemomia... *Sullied. Solid*, sucio y sólido, como el lastre de la desesperanza...

\*\*\*

Juan llegó a mi vida por mero accidente. Hacía ya muchos años que me había acurrucado en el nido artificial de una academia diletante, para crearme la ilusión de una carrera productiva, pero, en el fondo, para disfrazar la cobardía que siempre me impidió enfrentarme a mi familia. Reconozco que en la viudez de mi padre había un dejo de incesto; aunque socialmente, claro, pasaba por un hombre recto, ejemplar, fiel a su mujer "hasta la muerte" y aun después, considerando que guardó la memoria de mi madre más allá de todo límite temporal razonable. Pero me preocupaba esa incesante comparación que él hacía entre ella y yo, sobre todo a partir de la adolescencia. Y es que, desgraciadamente para mí, el parecido físico no se reducía a un simple aire de familia sino incluía el pelo rubio ondulado, los ojos verdes, ligeramente saltones, y las mejillas hundidas, y ni qué decir de este problema de anorexia que probablemente heredé de ella; esas paredes de piedra con las que a veces se me recubre el estómago y me cierran la garganta para no dejar pasar nada.

En un principio, mi padre simplemente transfirió la preocupación por la salud de mi madre a mi persona. Al correr de los años, sin embargo, acabó celándome por partida doble, como la había celado a ella toda su vida y como de todos modos lo habría hecho conmigo un padre mexicano chapado a la antigua. De esta

situación se aprovecharon mis dos hermanos para cerrar aún más el cerco, aunque con otras miras. Vigilaban mis amistades, especialmente a los novios, a todos, del tipo que fueran: potenciales, clandestinos o atrevidos. El veredicto nunca variaba: “te buscan por tu dinero”. La única escapatoria de esa vida carcelaria fueron los libros. Me fui a estudiar Letras Inglesas a la UNAM y Shakespeare se convirtió en la pasión central de mi vida. Sin embargo, diré que siempre me sentí como perro en barrio ajeno, porque aunque la literatura fuera tan importante para mí, no dependía de ella mi sustento. Para los demás, en cambio, era la única posibilidad de supervivencia, y si en el quehacer literario casi nadie encontraba un trabajo remunerado, por lo menos las clases de inglés no faltaban. Así pues, considerando que no tenía necesidad alguna de trabajar era yo, como me decía con bastante ironía un maestro gringo, “a lady of independent means”. De todos modos, acabé dando clases en la UNAM, no por necesidad, insisto, sino como un pasaporte autorizado a la residencia en ese país extranjero. Pero a ese limbo espiritual nunca llegaron los reclamos sociales y políticos de los estudiantes, ni 66, ni 68, ni 71; esos años no son para mí sino fechas vagas, números entrevistados en sueños, una turbulencia de ficción. Quizá es por eso que en aquella permanencia en la tierra de nadie, nadie llegó a mí. Y así pasaron los años, como pasaban los amoríos clandestinos que podían escapar a la censura de mis hermanos y a los celos de mi padre, pero que, por lo mismo, nunca llegaron a nada. Hasta que fui visitada un día por la gracia y se me concedió el milagro del amor.

Octavio, mi hermano menor, quien ha querido pasar siempre por un artista bohemio, aunque por otro lado, desde las alturas de su soberbia le gusta jugar al mecenas, organizó un día un “reven”, como él dice, para parecerse a los “chavos de la onda”, con los que desde luego nada tiene que ver. A César, mi hermano mayor—pasaré por alto las curiosas obsesiones imperiales de mi padre, y ni qué hablar de las lucíferas, al haberme llamado a mí Luz Aurora—a César le disgustó bastante la idea y se fue de fin de semana para no codearse con toda esa bola de nacos que le hacían la corte a Octavio para sacarle algo (*The King is not himself*,

*but basely led / By flatterers*). Y entre ellos el peor, ese directorcillo dizque isabelino, que ponía sus obras con harapos, dos palos y unos chirridos a los que él llamaba música; nada más irrisorio que sus reyes de pacotilla con fanfarrias de cazuela. Para mí, al contrario, ésa fue la única atracción de aquella fiesta, y si en otras ocasiones yo también habría hecho planes para el fin de semana, esta vez me ganó la curiosidad. Había visto el *Ricardo II* del famoso Juan, a quien apodaban Juan Sin Tierra, unos, otros el Rey Juan y otros más Juan Sinnombre. Debo admitir, es cierto, que la obra estaba puesta con muy pocos recursos; parecía la Corte de los Milagros de tanto harapo, como decía César; aunque algo tendría porque hasta la música, hecha especialmente para esa puesta en escena, había sido muy original. Para mí, aquella lectura de la usurpación, de la herencia escamoteada y de la corte de zánganos, que tanto se parecía a ésta, era perturbadora, como si me hablara a mí directamente del engaño, de la corrupción, de la vida que se deteriora y se desmorona entre los dedos. Aquella noche, busqué a Juan para decirle todo esto. Le pedí a Octavio que me lo presentara, porque todavía me quedaban los resabios de la educación monjil que nos alerta a las “decentes”, a las que tenemos una “conciencia moral”, contra las “locas” que se acercan a los hombres sin que nadie se los haya presentado. Atavismos, como tantos de los que he venido arrastrando por años, pues la verdad era bastante patético andar con esos pruritos de quinceañera conventual a los cuarenta.

Después de que Octavio se dignó presentármelo, nos enfrascamos Juan y yo en una discusión sobre el dramaturgo, entreverada con un zangoloteo disco, de esos muy sabrosos en los que le retumba a una toda la piel y las entrañas (sí, soy una madeja de contradicciones, ¡monjil y rockera al mismo tiempo!). El entreverado también era de espacios, porque aunque el baile se disfruta a todo volumen, en el salón esa misma barrera de altos decibeles bloqueaba el acceso al mundo de Shakespeare. Así que, para llegar a él, hacíamos a ratos el viaje pastoril de tantas Helenas y Lisandros yéndonos al jardín. No sé en qué momento caímos en las trampas del nombre –*What’s in a name?* Juan andaba por el mundo sin otro vestido nominal que su *Juan*: las pues-

tas de Juan, las puntadas de Juan; Juan Shakespeare, le decían algunos que sabían de su pasión por el teatro inglés. Que ¿cuál Juan? El de los reyes, el de las ondas isabelinas, Juan Sin Tierra, Juan Sinnombre, Juan, en pocas palabras. Pero él jamás le perdonó a su padre por haberle puesto Juan Sebastián y, para colmo, por apellidarse Baján Beascoechea. Cuando me lo dijo, no pude aguantar la risa; el estallido fue tan súbito e incontrolable que por un segundo estuve segura de que en ese mismo momento me iba a mandar a volar. Pero, quién sabe, tal vez no se lo decía a mucha gente, o conociéndole el mal genio, nadie se atrevía a reírse en su cara. Lo cierto es que el ataque de hilaridad se hizo contagioso y acabé metiendo a Juan en el nicho de una risa liberadora. El efecto, para él, fue como de carambola; quizá por primera vez vio las cosas desde el humorismo cándido que también tiene lo grotesco. Acabamos llorando y tosiendo humos y risotadas a granel. A pesar del sofocón, me habló de sus problemas con el nombre. Desde niño lo acosaba un sentido del ridículo, sazonado con esa fuerte dosis de historia de México, que se había intensificado en la escuela. Todo mundo se burlaba de él, era algo de lo que no podía escapar. Sentía que en su nombre arrastraba como grilletes no sólo al Bach potencial sino a la histórica Acacita, para luego rematar en lo impronunciable de todo nombre vasco y, para colmos, además de vasco, un nombre que atacaba en aliteración toda su mexicanidad, Baján Beascoechea—*What's in a name?* “Piensa —le dije— que después de todo es un nombre *alto sonoro y significativo*. Seguro le significó mucho a tu padre que te vio esa pinta de Don Quijote que debes haber tenido desde bebé”. Así, entre broma y broma, yo, que también conocía de extravagancias paternas, acabé identificándome con él en esa otra dimensión más íntima de la complicidad y de la ternura.

De la admiración por el teatrero imaginativo pasé a la atracción, provocada por la extraña experiencia de una solidaridad en y por el nombre. Más aún, tal y como se lo había dicho, al ver en sus facciones los rasgos de sus apellidos, se me antojaba, todo él, un hombre sumamente guapo. Porque Juan es muy moreno, de pelo largo hasta el cuello, negro, lacio y caído sobre la frente en crin—donde lucha constantemente por ocupar el espa-

cio reservado a los anteojos—; con una cara ovalada y un mentón que, aunque de gran fuerza, acaba en punta rota, como esas caras acaballadas de tantos vascos. Muy alto, flaco y ligeramente desgarbado, le faltaba sólo el yelmo y la lanza para entrarse en descomunales batallas contra los aliterantes batanes de su nombre, para rescatar, finalmente, la alcurnia del Juan a secas por la que había luchado toda su vida. Como un juego, le sugerí que se fuera a hacer teatro a Inglaterra y que para ello tendría que llamarse John Bage. Luego, en pleno entreverado, pasamos de Shakespeare a los Beatles, que resultaron ser otra pasión compartida, aunque por la edad, confieso que yo debí haber sido más bien fanática de Elvis. Tal vez la beatlemanía, como una especie de juventud desfasada, me hizo fijarme en un hombre mucho más joven que yo.

*Good pilgrim, you do wrong your hand too much,  
Which mannerly devotion shows in this:  
For saints have hands that pilgrims' hands do touch,  
And palm to palm is holy palmers' kiss.*

Sin sentirlo, el discurso pasó de las palabras a los ojos. Juan miró mis labios largamente, y ahí mi cuerpo entero quedó imantado al suyo, como si él, con los ojos, lo hubiera besado palmo a palmo. Siguió besándome así, a distancia, por un tiempo, luego sus manos tocaron las mías, como preludeo al contacto deseado entre los labios y los cuerpos—*let lips do what hands do...* Aquella noche mi felicidad fue absoluta, animada por el fuego de una intensidad que pocas veces nos es dado vivir. Verlo, oírlo hablar, sentir su presencia, estar con él, ahí, en aquel jardín de mi vida cotidiana que de súbito se me había transformado en *el Jardín*, donde yo misma era el centro del resplandor. Me sentía penetrada por la sola conciencia del cuerpo de Juan cerca de mí. El vello de su pecho y de sus brazos era suave como la hierba que crece en la tierra después de las primeras aguas, y sentía en todo momento sus cabellos lacios rozándome la piel como caricia suplementaria. Lenta y dulcemente, sus ojos, sus labios, su sola presencia, se me convirtieron en un punto luminoso, único como

un mundo, donde convergía y se condensaba toda la fulguración interior y exterior. Su cuerpo era como el centro de atracción y de irradiación de esa luz en la que el tiempo parecía haberse detenido. Nada existía fuera de él, ahí, junto a mí, ni pasado, ni futuro, ni siquiera el presente; sólo un sentimiento puro de bienaventuranza. Durante muchos años de cotidianidad a la deriva había hecho mía aquella frase de Rimbaud, *Je me crois en enfer, donc j'y suis*; ahora, sintiendo sus labios y sus manos buscar el fondo de mi tristeza, por primera vez se me invirtió la máxima infernal y surgió, resplandeciente, en compañía de una rima inesperada, aquella nueva voz que me dijo: "*Je me crois en Paradis, donc j'y suis*"...

Vertiginosos, como los cambios que los habían desencadenado, pasaron los meses. La felicidad que había yo sentido aquella noche y las que le siguieron era demasiado grande como para aceptar, una vez más, la clandestinidad o el veto de mi familia. Comencé a salir con Juan abiertamente, sin esconderme de nadie. Luego, ya casi nunca llegaba a mi casa y daba clase entre sueños, amores y proyectos. Vivíamos de una dieta de amor mañana, tarde, moda y noche; ensayos a horas insólitas, discusiones sobre textos en la madrugada, representaciones a las horas señaladas por los periódicos y los carteles, y charlas sin fin salpicándonos los días, las semanas y los meses cual destellos de esperanza.

Los zánganos, claro (no era para sorprender a nadie), hicieron su consabida labor de intriga cortesana que culminó en la violencia previsible del ataque fraternal. Una noche, de las raras que pasaba ya en casa, Octavio me hizo un drama digno apenas de un Ricardo apropiándose de la herencia de Bolinbroke: que si Juan era un vividor y un blofero, que si se sentía genio y no más me estaba tomando el pelo para sacarme la lana, que si yo, además de solterona, ya estaba bastante vieja como para andar con esas ridiculeces de adolescente... Para qué acordarme ahora de tanta humillación, de la furia de mi padre o del desprecio imperial de César; lo único que es sólido en el recuerdo, como una muralla infranqueable, es aquella triada masculina que acabó por desconocerme en bloque. Tras semanas de forcejeos, intrigas, presiones y chantajes, acabaron por despojarme de todo

lo que no estuviera a mi nombre. No que por ello dejara yo de seguir siendo, en cierta medida, “a lady of independent means”. Mas al perder la herencia, había dejado de pertenecer a lo que de hecho nunca pertencí, y todavía mejor: había yo dejado de ser, por fin, a los cuarenta años, la niña rica hija-amante de papá.

Para entonces Juan y yo estábamos decididos a comenzar una vida nueva en otra parte. Poco a poco, la idea de explorar el mundo del teatro en Inglaterra pasó de la broma a la fantasía, y de ahí a la planeación concreta, a las reservaciones, las cartas a los amigos y las pesquisas de vivienda. La herencia de mi madre, aunque desde luego ni remotamente comparable con la que me habría dejado mi padre, me permitía una cierta libertad para realizar todo aquello que habitaba en mi deseo. Creí haber fundido –o tal vez, *confundido*, como me lo parece hoy– los sueños de Juan con los míos. Conforme se acercaba la época en la que habíamos decidido irnos, crecía mi entusiasmo. Quizá por ello el nerviosismo y mal humor de Juan apenas si lograban perturbarme. Estaba segura de que todo eso era pasajero, que en Inglaterra seríamos felices porque *yo* me había liberado.

Nuestros amigos ingleses habían conseguido este departamento que nos permitiría estar más cerca de las actividades de ciertas formas del Fringe Theatre que a ellos les parecían más interesantes. Tal y como lo había esperado, desde el aeropuerto se esfumó la sombra que se le había pegado a Juan durante semanas. Llegamos así a fines de junio, a una ciudad aún vestida de rododendros, glicinias y lilas tardías. Como nuestro departamento no estaría disponible sino hasta mediados de julio, nos fuimos a un hotel en Russell Square que estaba como sacado de Dickens. Conseguimos una habitación tras una desigual batalla verbal en la que casi quedamos derrotados, pero jamás nos dejamos amilanar por el peso formidable del ama de llaves que nos informó en *cockney* que, si queríamos el cuarto, sólo podríamos entrar en él con la “mastacai”, afirmación seguida de interminables e igualmente ininteligibles explicaciones. Nos sentimos perdidos, como si en dos segundos hubiéramos desaprendido todo el inglés que creíamos saber. Afortunadamente, de manera pragmática, se despejó el enigma más tarde, cada vez que se re-

petía el ritual de jalar escaleras arriba con aquella güera magnífica pegada a una inmensa llave que, por su calidad de “maestra”, nunca se despegaba de su cintura.

Con los ojos, los oídos y los pies nos comíamos grandes trozos de Londres diariamente, mas no era cuestión de comernos todo el presupuesto en hoteles, aun de los dickensianos, así que cuando finalmente nos lo dieron, nos apresuramos a amueblar nuestro *flat* de Craven Terrace. Durante las primeras semanas se mezclaron con las sábanas, toallas y otros enseres domésticos, las revistas *Gambit*, *Contacts* y toda suerte de volantes y panfletos, solicitudes de membresía a grupos de teatro, marginales y establecidos, talleres del Young Vic Studio (que resultó ser para niños), aunados a los del Young Vic Theatre, que ya no eran ni tan jóvenes ni tan de vanguardia. Aunque, en efecto, algunos espacios del Fringe Theatre tenían actividades en verano, la verdadera vida cultural de Londres estaba congelada hasta el otoño. Así que decidimos tomarnos unas vacaciones antes de comenzar de lleno nuestra vida londinense.

Conseguimos boletos para ver las puestas en escena en Stratford. A Juan le brillaron los ojos con una mezcla de nostalgia y buen augurio cuando se enteró que ese verano habían puesto nuevamente todo el ciclo de las obras romanas. Apenas si era un adolescente cuando a principios de los años setenta sus padres lo habían traído a Stratford. Se había aburrido muchísimo con todas las demás obras, pero la Cleopatra de Janet Suzman había dejado una marca ígnea en su imaginación: “Es que tendrías que haberla visto, se transformaba en el escenario apenas llegaba—*I am fire and air. My other elements / I give to base life...*— ¡Ah, era una mujer espléndida en su madurez! Fue entonces, creo, que me enamoré de Shakespeare”. Su felicidad era envolvente y nuestro amor aún más; por eso hasta las marejadas de turistas en New House nos parecieron idílicas.

Por las tardes, antes de la obra, nos íbamos a remar al Avon. Desde nuestra lancha veíamos a los emperifollados en la terraza del teatro comiendo sandwichitos de pepino durante el intermedio de la primera función. De pronto me di cuenta de que se había operado una auténtica revolución en mi vida:

Shakespeare había sido expulsado a la periferia de mi pasión para dejarle a Juan el centro—*Here is my space....* No tenía deseo alguno de estar allá arriba, en la terraza, cumpliendo con esos ritos culturales sino fluyendo en el agua, con él para mí sola, deslizando los dedos entre las ramas de los sauces que venían a beber del agua límpida del río, a llorar de felicidad su cascada vegetal. La luz del sol chisporroteaba en mil centellas sobre el agua, para luego volver a proyectarse en temblorosos reflejos bajo la fronda de los árboles, como si los iluminara desde dentro. Un mundo mágico se animaba, esplendente, a nuestro paso. A lo lejos, aún se escuchaba el rumor de sesudas conversaciones, pero frente a mí, Juan remaba con un ritmo pausado, entrando dulcemente en la superficie del agua que ardía al sol. Los remos de plata refulgían en las gotas con las que, minuto a minuto, me iba ensartando un collar de ilusiones. Sabía que esta y no otra era la forma exacta de mi alma: agua incendiada, temblando por el reflejo del follaje...

Hoy la presencia del agua lo deslava todo en mi memoria, ficción y realidad: reinos e intrigas, incertidumbres y ambiciones, locura y muerte...

*Let Rome in Tiber melt, and the wide arch  
Of the ranged empire fall! Here is my space.  
Kingdoms are clay...*

A pesar del fausto romano, la resaca de los Ricardos aún sacudía la imaginación de Juan, así que después de regresar de Stratford, decidimos ir a York, a sumarnos a la Sociedad de Amigos de Ricardo III. En Monk Bar nos asomamos por las barbaccanas de la torre medieval y leímos todo sobre la perfidia del bardo que tanto había manchado la reputación del rey amigo. Desde las alturas de la muralla, escoltados por una catedral que se asoma tras cada árbol y chimenea, en cualquier recodo del camino, recorrimos una ciudad que se niega a existir en otra dimensión que no sea la del tiempo detenido en el poder y la magnificencia de la casa de York. Agotados y felices, nos perdimos en callejuelas hasta desembocar en un pequeño claustro, olvidado de los

turistas, sobre el que se alzaba la torre gótica del York Minster que dejó caer ante nuestros ojos alucinados, uno a uno, los espacios azules de su encaje de piedra. Unas frutas, una botella de vino y queso; el dorado sonido de campanas al sol, silencio verdeazul a la sombra de un sicomoro; un beso, un sorbo de felicidad contenida en una dulce gota de luz—*If it were now to die, / 'Twere now to be most happy...*

*Most happy...* Pronto nuestra vida en Londres comenzó a deslizarse como rutina bien aceiteada. Nuestros amigos, Cindy y Brandon, hicieron de la transición cultural una verdadera obra de arte de la discreción y del decoro: nos presentaron con otros amigos, nos llevaron a los lugares “correctos” y establecieron los contactos que a ellos les parecían los más “apropiados”, todo esto sin olvidar la dimensión práctica de la elección del banco y del tipo de cuenta que más podía favorecerlos, o las tiendas que tenían mejores precios. Sin embargo, y aun cuando Juan siempre los quiso bien, desde un principio los declaró “fresas”, y en poco tiempo había comenzado a tejer su propia red social, independizándose de ellos y, en cierta medida, de mí. Era, no obstante, un placer verlo tejer esa red; en los *pubs* entablaba conversaciones con ingleses que primero lo veían con azoro, luego parecían divertidos y, en un abrir y cerrar de ojos ya eran sus amigos, al grado de venir a casa a seguir la charla y tomarse otra copa, cosa que, por mis experiencias anteriores con los ingleses, era inaudito. Aún más inusitado era el hecho de que, en general, resultaban ser gente muy interesante, en cuya amistad Juan era capaz de ahondar con gran sabiduría para transformar el encuentro casual en una amistad profunda y duradera. Yo, que toda la vida había sido muy solitaria, me deleitaba con esa vida social fascinante, ahí donde jamás lo habría creído posible. Si Brandon y Cindy eran maestros de la discreción, Juan, además de ser un director genial, se me reveló como un auténtico artista de la socialización.

Así, acabó haciendo otros contactos con gente de teatro que a él le parecían tener más afinidad con su visión del espectáculo. Por lo visto a ellos también les pareció a *great bloke*, como decían a todas horas. Con el éxito social aumentó no sólo mi

amor por él sino mi admiración, de por sí tan grande, aunque debo admitir que Juan tenía cada vez menos tiempo para mí. Y la gran paradoja es que esto ocurría a la vuelta de la esquina, porque se involucró con el grupo de *The Gate* que estaba apenas a unas cuantas cuadras de la casa. Había audicionado para un papel en una adaptación que habían hecho los ingleses del “Macario” de Rulfo. Juan les vino como anillo al dedo, sería la marca de autenticidad de su proyecto. Conforme pasaban los meses, se comprometía con ellos cada vez más; sus dotes sociales y teatrales acabaron poniéndolo en posición, no sólo de actor principal, sino de asistente de la dirección, y, finalmente, gracias a una serie de inversiones bien planeadas, acabó siendo coproductor del proyecto, lo cual le daba una mayor capacidad de decisión y de acción. *Macario*, no tenía yo duda alguna, sería un éxito.

El trabajo era intenso y, como en México, era yo parte del equipo en interminables veladas en las que la discusión y el bombardeo de ideas eran como una fiesta de juegos pirotécnicos. Por las noches, después de los ensayos, el *pub* obligado. Entre la animación de Juan y la de un irlandés, tan irlandés que parecía de chiste, pues era tomador y platicador a morir, aquello era una fiesta permanente. Peter O’Shaughnessy, que así se llamaba el irlandés, era otro de esos elementos exóticos “auténticos” de los que tanto se preciaba el *Gate*. Era como un ropero flamígero, con la cabellera más roja que he visto nunca, el perfecto estereotipo del héroe celta, sólo le faltaban las pieles. Pero las pecas y los ojos azules le daban a su rostro una apariencia de niño que se intensificaba por su contradictoria dulzura y gentileza. “I’m just a wild goose, like all Irishmen in exile”. Claro que Juan declaró que *O’Shaughnessy* literalmente se le atragantaba (“Man, I simply choke on that name”) e inmediatamente lo apodó el “Gansito”. Por más explicaciones, el pobre Peter nunca entendió bien a bien el chiste. Pero como buen ganso, acabó siguiéndonos a todas partes y se convirtió en nuestro guardaespaldas; con él nos sentíamos seguros en Londres en cualquier lugar y a cualquier hora de la noche. Cuando estábamos solos él y yo, me hablaba todo el tiempo de Irlanda, de tantos y tan famosos “wild geese” que habían ido a anidar en otras tierras desde el siglo XVI: solda-

dos, poetas y misioneros; O'Donnells, O'Farrills y O'Connells sin cuento. En las reuniones, recitaba poemas de Tommy Moore y de Yeats, a veces hasta los cantaba, pero cuando estaba borracho se ponía a recitar "The Wild Swans at Coole" e invariablemente se echaba a llorar de nostalgia en los últimos versos. ¡Tierra de exiliados!

Aunque eso era solamente cuando bebía demasiado; las más de las veces se mantenía en el papel de acróbata verbal irlandés, capaz de conversaciones tan ingeniosas que nos tenía doblados de risa a todos. También se habían unido al grupo otras tres mexicanas y dos españolas, lo cual hacía tanto del trabajo como de la diversión un verdadero jolgorio cosmopolita. Claro que, como era de esperarse, el contingente nativo era mucho más reservado, aunque no por ello menos exótico. Andrew tenía los pelos pintados de todos los colores y con un corte estilo mordida de burro; David era aún más estafalario, porque tenía el pelo de la coronilla larguísimo; a veces se lo trenzaba, otras le encantaba enredarlo en bucles a lo largo de los alambres erectos que salían de una banda de metal ceñida a la cabeza que lo hacía verse como rey coronado. A Juan le encantaban, decía que eran unos "punks sublimes y anacrónicos". Los demás ingleses eran "normales"; es decir, desgarbados y desaliñados, como corresponde a cualquier teatrero experimental que se respete. Y yo... No sé qué habrán pensado de mí. Intentaba ser lo menos diferente posible, aunque por ser mucho mayor que ellos siempre me trataron con cierta deferencia, lo cual me dolía porque en ese trato especial sentía la distancia que es la marca inconfundible de la no pertenencia.

Un buen día, llegó, finalmente, el tan esperado estreno. Tal y como lo había previsto en el ensayo general, *Macario* fue todo un éxito. Pero es una paradoja que hoy lo recuerde con una mezcla de añoranza y de dolor, como si pudiera datar mi salida del paraíso a partir de aquella celebración. Claro que luego me digo que ya la sombra estaba ahí desde antes; de hecho, desde que Juan se integró al *Gate*. Nada, sin embargo, pareció cambiar al principio; mi papel seguía siendo el de una especie de académica ancilar *in residence*, para proveer una mirada crítica, ajena al trabajo de grupo, que pudiera servirles de superficie reflejante. Pero

una noche, me dijo Juan que le gustaría más ver en mí, de golpe, el impacto de su trabajo, ver cómo respondía yo a una primera impresión de la obra; que, bueno, hasta para mí misma sería una experiencia estética más fresca y unificada; que, en fin, confiaba tanto en mi sensibilidad y juicio crítico que, por esta vez, deseaba experimentar con mi colaboración. Y, claro, si yo quería, nos veríamos después para tomar una copa, como siempre, que acabando los ensayos me llamaría.

El experimento me pareció no sólo razonable, sino potencialmente fructífero, pues esto me permitiría una apreciación de conjunto que incluso podría yo transponer, más tarde, a mi propio territorio verbal para hacer una reseña o un texto crítico. Así pues, la idea me apasionó. Por un tiempo, me dediqué a revisar mentalmente el proyecto y a escribir una serie de notas que me permitieran fijar el espectáculo en la fase en la que lo dejaba, para más tarde poder confrontarlas con la experiencia final. Al calor del entusiasmo, en un primer momento no me pesó ya no compartir con Juan esta parte de su vida, incluso no resentía demasiado el que algunas veces se le olvidara llamar para decirme a dónde pensaban ir después del ensayo.

A veces me caía de visita Peter, quien andaba sin chamba en esa época. Nos poníamos a platicar de Irlanda las horas. Era como un niño triste, un “gansito” exiliado; entonces se hacía añicos la máscara-estereotipo del irlandés irremediadamente ebrio, artista de la conversación y dicharachero, para dejar escapar por sus ojos una nostalgia azul a la que mis entrañas respondieron siempre con ternura. Se quedaba callado mucho tiempo, o me pedía que le hablara de Juan. Así, aprendí a querer a Peter por la inmensa admiración que él sentía por Juan —“He’s just such a great bloke”—como si mi amor se expandiera en la admiración del amigo.

Pero a la vuelta de unas semanas, comencé a caer en el vacío de la ausencia cada vez más frecuente de Juan. Cuando no venía de visita el “Gansito” ni me llamaba Juan, las noches se me hacían más largas y frías. Aunque tratara de hacer otra cosa, de trabajar en el libro sobre Shakespeare que estaba escribiendo, no lograba concentrarme. Además, mi trabajo me parecía ya

tan anodino, tan desprovisto de sentido, que muchas veces tuve ganas de tirar todos los borradores a la basura. Qué sentido tenía estar escribiendo tanta banalidad cuando que “ya todo estaba dicho sobre el bardo”. Y yo, ¿quién era para decir nada? Sin pertenencia, sin sentido. ¡Qué necedad haber pensado algún día que mi posición excéntrica como mujer, como mexicana, y como académica con un pie en el teatro, podía aportar una perspectiva diferente! Ahora sólo me daba una flojera infinita seguir con ese proyecto, pero ¿y cómo dejarlo si en él había puesto tantas esperanzas? –*Returning were as tedious as go o'er*.

La red social se iba extendiendo y haciendo cada vez más intrincada. Aunque todavía sentía fascinación por sus malabarismos, cada vez me fui sintiendo más excluida del grupo. Por eso la noche del estreno de *Macario* se me encontraron las emociones, y con todo revuelto por dentro, acepté ir a la fiesta que se había organizado en casa de David y Andrew para celebrar la *première*.

El *flat* de los punks era todavía más “sublime” que ellos, con costras de cochambre tan gruesas que ya era difícil adivinar que abajo había una estufa. Un tarro de cerveza a medio beber, abandonado en un rincón hacía ya tanto que había tenido el tiempo y la paciencia para enlamarse. Unos trozos de pan por aquí unos calcetines por allá, las camas deshechas. El piso estaba tapizado de latas vacías; por el olor que como almas en pena emanaba de ellas, algún día debieron estar llenas de sardinas o de arenque, pero ahora contenían, igualmente apretadas, un montón de colillas de cigarro. Se disculparon un poco por el desorden, porque no sabían que la fiesta iba a ser en su casa. Rápidamente vaciaron las latas (desde luego jamás tocaron el tarro de cerveza enlamado) y las volvieron a repartir por todos lados. Luego cambiaron la iluminación y pusieron música: la fiesta había comenzado.

No sé si fue por mis propias revolturas o por lo sórdido del lugar, pero el hueco de piedra en el estómago fue creciendo hasta que el peso se hizo insoportable. No que no hubiera estado en casa de David y Andrew antes, ni que la mugre se hubiera acumulado más de la cuenta desde la última vez que había ve-

nido, pero entonces pasaba a primer plano el afecto que les tenía y así la sordidez del *flat* se me compensaba con el cariño y con lo imaginativo de sus peinados. Pero hacía mucho que no venía y, además, sentí algo nuevo en la situación, algo que me excluía más que de costumbre. No fue sino hasta que Juan se puso a bailar con una de las españolas que me di cuenta de la diferencia; el contingente hispanoparlante se había convertido en una especie de comitiva que seguía a Juan a todas partes; no lo dejaban ni a sol ni a sombra esas mujeres en perpetua adoración. Las tenía embelesadas, y esa noche Juan se lució más que nunca, seguro para deslumbrarlas. Hasta yo volví a caer en el encanto por un rato.

Mientras los demás se enmotaban o se daban pases, por los que yo también pasé—total, ya qué más daba—, Juan siguió con una disquisición que había comenzado en el teatro: la relación entre el soporte material y la obra de arte como un todo. Estaba entusiasmadísimo, se alisaba el pelo una y otra vez, con lo cual los anteojos se le descuadraban y tenía que acomodarlos a cada paso.

—O.K., o vale, chicas, como decís vosotras, si no hay un soporte material, la obra se viene abajo, no hay nada. Aunque yo sé decir que he realizado unas puestas con casi nada. Pero en fin, vale. Es como la estructura de alambres de David, sin ella jamás podría coronarse con su propia cabellera. Pero todo el chiste está en saber utilizar ese soporte material hasta el punto de soltarlo, como un lastre, y poderse finalmente elevar. Lo que importa es elevarse. Da igual si partes de harapos o palos o cetros, una vez que cumplen con su función de sostén, hay que hacer que desaparezcan de la conciencia del espectador. Es como Margot Fonteyn. Nunca se me olvidará esa mujer maravillosa. Estaba yo muy chico cuando la vi, y ya sé que a esa edad uno se emociona con cualquier cosa, pero lo que yo le vi bailar a la Fonteyn era de no creerse. En esa época, a principios de los setenta, más o menos, ya estaba muy vieja para poder bailar ella sola durante mucho tiempo, pero su solución fue genial. Era el *Poema del éxtasis* de Scriabin y, haciéndole honor al título, la diva lo bailó en éxtasis, en el aire de principio a fin—en el *aire*, se los puedo

jurar. Allá abajo debe haber habido un bailarín, joven, musculoso, en fin, fuerte: un bailarín razonablemente bueno, porque en ningún momento metió la pata, ni obstaculizó la fluidez del movimiento. Debe haber tenido toda la energía del mundo, todos los recursos físicos y técnicos imaginables, nada más para sostener a la Fonteyn en el aire todo ese tiempo. Pero, ¿quién iba a verlo? y peor, ¿a quién le importaba? Por lo menos *yo* ni me acuerdo del pobre diablo; sólo tenía ojos para ella, en las alturas, arrobada, incendiando los espacios aéreos con el movimiento de sus brazos y de sus manos, con los arabescos que su cuerpo entero dibujaba en el aire. Apareció en el escenario, como la música, dulce y calladamente. No era más que un susurro, la música y sus pies apenas rozando el piso, como si su cuerpo se hubiera replegado en una melodía. Poco a poco todo fue subiendo de volumen, como si la orquesta hubiera sido un par de alas que se fueran desplegando, elevándose cada vez más. Arriba y más arriba, hasta que sus brazos también se desplegaron en alas— ¡pájaro de fuego elevado a las alturas de una música suspendida en los acordes de la eternidad!

“Ya bájale, ¿no?”, se me ocurrió decirle porque estaba muy pasada. Mentira, “ya cierren la boca” era lo que tenía ganas de decirles a sus adoradoras, y a él “sigue, pero sigue sólo para mí”, aunque yo había oído esa historia muchas veces. No sé si sería el recuerdo aéreo de la Fonteyn lo que lo hizo mirarme con tanto desprecio desde las alturas de su éxito, lo cierto es que, por primera vez, me sentí el soporte material—material y prescindible—de su proceso creador. Desde el fondo del hueco en el estómago, me incorporé arrastrando la piedra que llevaba dentro, y me fui a platicar con el “Gansito”. Unos pases más y quedé atrapada detrás de una cortina de hielo azul transparente. Claro, seguramente era efecto de los focos azules que había puesto Andrew aquí y allá, aunque nunca me di cuenta a qué horas los cambió. Creo que Peter acabó aburriéndose de sentirme tan distante o tan fría—a saber—pero al rato fue a sumarse al círculo de adoradores de Juan. Más espectadora aquí que en el teatro, me ovillé en un rincón para ver pasar la fiesta del otro lado del hielo...

Cuando unas horas más tarde me despertó Peter para decirme que si quería me acompañaba a la casa, Juan ya se había ido. Seguro con la española esa, o con todas. Ya ni quise verificar si las otras se habían ido también. Por más plática que quiso hacerme Peter, yo seguía tras la cortina; de hecho, siento que desde esa noche ya nunca he podido salir.

Al paso del tiempo, la vida con Juan se fue haciendo monosilábica, cada vez más inglesa. Y así, de manera correcta, sin aspavientos, como si fuera a comprar cigarros a la esquina, me comunicó un día que ya estaba cansado de Londres y de hacer teatro en un mismo lugar, que tenía intenciones de unirse a un grupo teatral itinerante, los "Tottering Bipeds". Esto le daría la oportunidad de conocer toda Inglaterra más a fondo. Que no sabía cuándo regresaría, que ya me escribiría...

Supe entonces que era mentira, que nunca lo volvería a ver. Y así ha sido, han pasado ya meses y no he vuelto a saber de él. Tampoco les he querido preguntar a los del *Gate*. Sólo Peter sigue viniendo a verme de vez en cuando. Pero a mí cada vez me hace menos sentido todo. Hoy vi en el *Time Out* que van a tocar la segunda sinfonía de Mahler en el Royal Festival Hall. "La resurrección". Sí, tal vez es lo que necesito, una música que me cale, que me salve, una música capaz de descorrer el velo azul de mi alma. Todavía recuerdo la primera vez que la oí, allí mismo. Fue como un terremoto interior. Acabé yéndome a llorar al río cuando terminó la función. A partir de ese día, Mahler vino a sumarse a mis pasiones. Bien, habrá que ir a perderse en las oscuridades del *underground* nuevamente, llegar al río nuevamente, para un reencuentro con la revelación. Tal vez.

Ha terminado el concierto y, con él, la visión fulgurante de la resurrección: "no has vivido en vano, debes prepararte para volver a vivir". Sí, prepararse—*the readiness is all*. Mahler tal vez lo creía. Cuando la enfermedad ya lo había condenado a muerte, dijo que iba a vivir para siempre. Quizá no había leído aún la sentencia inscrita en su cuerpo. Así, "vamos a vivir para siempre", dijo. Puede que lo haya creído, puede que lo *supiera*, y que hasta tuviera razón porque todavía flotan aquí los jirones de su

música sobre las aguas del río. Aunque desde hace rato, se ha ido imponiendo en mis oídos el sonido quebrado de una flauta callejera. Sale de entre un montón de harapos grises acurrucados en uno de los nichos que se abren como miradores a lo largo del puente sobre el río. Hoy, cosa rara para estas épocas, salió el sol y la tarde es luminosa. Supongo no durará. Ah, cómo querría salirme del camino, ovillarme en un recodo para ver el crepúsculo. Eso haré. ¡Concierto matutino! Pero si aquí siempre es de noche o está a punto de anochecer—*What is the night?*

Recargada en los barrotes de otro nicho de metal, frente al del viejito de la flauta, me las arreglo para acomodar mi cuaderno sobre el barandal descascarado. Como escamas se desprenden pedazos de pintura que van a alimentar las aguas sucias del Támesis. Ya sólo queda eso, un cuaderno, último compañero—mudo al menos—del que se han ido desprendiendo los fragmentos del paraíso.

Algunos paseantes dejan caer monedas en la gorra del viejo quien, impávido, sigue trocando su aliento en una melodía triste que se repite una y otra vez, como si quisiera encantar a los que pasan, como si en la música buscara algo, tal vez su juventud, algo que nunca encontró. Es tan fácil quedar atrapada en la inercia de la infelicidad. ¿Qué será lo que buscamos? Yeats decía que la totalidad de su vida le había parecido siempre como una preparación para algo que nunca llegaba.

Hago un recorrido por todas las voces que me habitan, todas están llenas de añoranza. *Ripeness is all*. ¿Qué andaremos buscando? Quizá, enamorados de ese imposible que es la plenitud de la vida, por despecho le hacemos el amor a la muerte. Sí, la muerte... *To die, to sleep, perchance to dream...* En cada bocanada de humo, en cada sorbo de vino; en la atonía mortífera de la pereza; pero también en el espejismo de la acción que nos eleva como papalotes al viento. Sí, expiramos en cada aspiración... *Sullied*. *Solid*, así debe ser la muerte, sucia y sólida, como el lastre de la desesperanza en la boca del estómago...

Peter insistió mucho en venir conmigo al concierto y que después nos fuéramos a comer. ¡Comer! ¡La muralla de piedra se ha cerrado sobre mi garganta hace ya tanto tiempo! Nada entra,

nada sale, y en las grietas, como estrías de bronce, se han petrificado los sorbos de luz y miel a la sombra de los vitrales de York.  
*If it were now to die...*

Peter... No, es un espejismo más. No me busca a mí sino a Juan; es de él de quien debe estar enamorado y cree que si se acerca a mí estará más cerca de él. ¡Iluso! Todos lo quieren. Juan: horizonte ideal de la vida en renovación. Tiene razón de estar enamorado de él. Aunque tal vez podríamos acompañarnos en la añoranza. Pero no, no, para qué.

El viejecito se ha dormido. En la oscuridad creciente, su flauta es ya el único punto luminoso, como un resol que enciende los pliegues de sus mejillas flácidas. Allá va otra escama de pintura, queda atrapada en un remolino de agua. Que la acompañe una hoja del cuaderno, y otra, y otra, y otra más, y toda esta vida cifrada, signo a signo,

*Like to a vagabond flag upon the stream,  
Goes to and back, lackeying the varying tide,  
To rot itself with motion...*

1997



## *También mi hijo está del otro lado del espejo*

*We live as we dream, alone*  
(Conrad)

**M**iro al espejo; no veo más que mi propia imagen. Miro de soslayo para adivinar ese otro mundo que se abre más allá del reflejo. Se me escapa como una sombra, como el viento que me roza la piel (que “todo es vanidad y atrapar vientos”), como las formas vagas del mundo del otro que el presentimiento afirma ilusoriamente como una totalidad. Adelgazo la mirada hasta el extremo de la aguja, para atravesar con ella los poros de mi imagen, para deshilar mi reflejo. Y a veces, por los intersticios, me escapo parcialmente y me fundo en los destellos de ese universo presentido.

Por mucho tiempo creí que de nadie había yo estado tan cerca como de mi hijo, que a nadie conocía mejor; que haberlo llevado dentro de mí, haber estado conectada con él, dentro y fuera, me daba un “pase autorizado” para la conexión de las almas. Era el tiempo privilegiado del amor *entrañable*, del sentimiento que se resuelve en palpito y en lágrimas de felicidad; tiempo en el que con frecuencia le cerraba las puertas de la percepción al mundo para irme a descansar a la trastienda de mi propio cuerpo; a deleitarme, en realidad, porque en esa vuelta de los sentidos hacia la oscuridad informe del foso interior, yo asistía al teatro de mis propias sensaciones. Allí ocurrían milagros: un pequeñito se agitaba, se estiraba; pataleaba (o manoteaba, nunca lo sabré); daba tumbos y hacía cosquillas. Se adivinaba, a veces, una rodilla, codo o pie, como si fuera un chipote suplementario y pasajero sobre el vientre. Y el pequeñito crecía. Por las noches pataleaba al ritmo de los ladridos de los perros. Durante el día daba unas pataditas, siempre las mismas, cada vez que ponía la *Gran Misa* en re menor de Mozart. Y seguía creciendo; un pequeñito que se quedó muy quieto—seguro dormido de borracho—

aquella tarde cuando por única vez durante todo el embarazo tomé dos copas de vino tinto para celebrar que ya sólo faltaban unas semanas para que naciera.

Meses absorta en un diálogo de amor mediado por ese extraño código Morse de la gestación.

Luego nació mi hijo y me quedé con un hueco en el vientre, pero no por ello cesó el diálogo corporal, porque esa oquedad estaba llena de resonancias, de sensibilidad, de memoria. Durante mucho tiempo mi vientre lo recordó. Por las noches, cuando el bebé lloraba, eran las entrañas las que oían su llanto antes que mis propios oídos; eran ellas las que me despertaban para decirme que, aunque otro, mi hijo seguía conectado a mí por los hilos secretos de un amor corporal que no olvida su lugar de origen. La red era inmensa, todo lo envolvía; hilos invisibles que tiran de las entrañas y se entrecruzan con los hilos blancos que unen y alimentan el amor. Una red, un diálogo de cuerpos, porque cuando él lloraba, la leche inmediatamente contestaba a borbotones. Así, nos volvíamos a entretrejer, en contemplación y sonrisas, con los hilos nutricios de ese portentoso surtidor lácteo. Allí fue el aprender que los brazos están hechos para abrazar, que su forma es perfecta para contener completo aquel cuerpecito que antes se acurrucaba en su aposento de aguas y entrañas, y que ahora sonreía y gorjeaba como pajarito entre mis brazos. Los brazos: ese continente del amor.

Todo amor es, finalmente, manifestación de un mismo amor, y su lugar privilegiado es el cuerpo, su hogar. Porque si los brazos fueron hechos en el molde perfecto del abrazo, la piel lo recubre todo en pura sensación para unirse al ser amado; la piel, esa superficie sensible sobre la que resuena el alma, con litorales lo suficientemente perceptivos y receptivos como para tornar al cuerpo entero en el gran continente del amor. Porque también la boca está hecha para besar, las manos para acariciar, el sexo milagrosamente diseñado no sólo para penetrar y ser penetrada sino para compenetrarse, y por los ojos uno se lanza al abismo del alma del ser amado.

Su hogar... y su espejismo. Porque una se engaña al pensar que la penetración de los cuerpos implica, en el mismo abrazo

de amor, a las almas. *Penetración, compenetración, interpenetración*, palabras inventadas para hacernos creer que el contacto directo es posible, que conocemos al otro, que *se puede conocer* al otro. Qué lástima que esa fusión, posible entre los cuerpos, no lo sea entre las almas; que viva una, o bien perdida en el delirio de la unión corporal como vía de conocimiento de una totalidad ilusoria, o bien tratando de atisbar, tras la opacidad de nuestra propia imagen y de la del cuerpo del otro, ese mundo al que nunca tendremos acceso más que por destellos, por medio de equivalentes, de imágenes...

Mi hijo crece. "M'hijito, te conozco como a la palma de mi mano: estás cansado y por eso estás de mal humor". "Ya pasó, ya pasó, es sólo una pesadilla". "Bueno, pero no exageres". Así, de este lado del espejo está una muy confiada. Y más porque del otro lado también se proyecta la ilusión: "Mamá, y ¿por qué no nos damos cuenta de que estamos creciendo *mientras* estamos creciendo?" "Mamá, y ¿por qué hago esas payasadas?" "Y ¿por qué me enojo, mamá?" "¿Te da ternura ese perrito?" "¿A ti también te dan ternura mis dinosaurios?" "Y ¿por qué siento bonito cuando...?" "¿Y por qué me da pena que...?" Sí, él también cree que estoy dentro de él; es la confianza del otro lado del espejo, como si yo *de veras supiera*, como si también estuviera conectada con su imaginación y sus afectos. ¡Ah, si el cuerpo tuviera distintas puertas para entrar, sin otra mediación, en el alma del otro!

Platicamos sin cesar; por mi mente cruzan y se enredan palabras imposibles: *Parasaurolófo, Estrutomimo, Paquicefalosaurio...* acabo aprendiéndome sauronombres impronunciables, y me da vértigo pensar en diferencias, que él me jura son cruciales, entre esdrújulos *Arqueoptérices* con plumas, rugosos *Ranforrrrrin-cos* de cola de alacrán e imposibles *Pppteranodontes* de alas membranosas; de pensar y tratar de aprenderme otras diferencias, aún más preciosas por sutiles, según él, entre *Elasmosaurios* de manchas y cuello más largo y *Plesiosaurios*, que a mí me parecen idénticos, pero que él me asegura están dotados de atributos individualizantes, que de todos modos se me desdibujan en la memoria.

Me entero también de mundos de fantasía complejos y completos: un aborregado reino entre las nubes, lleno de nombres e imágenes, poblado únicamente de borregos, borregos de todas las formas y tamaños concebibles, incluyendo los del tamaño de una abeja y variedad de mariposa, con sus alas policromas y sus diminutos cuerpos lanudos, saturando las alturas con su aborregado vuelo multicolor; un reino pletórico de lugares descriptibles y por lo tanto imaginables; con su historia, sus anécdotas, su orografía y sus formas de gobierno, mismo que desde luego él encabeza. ¡Mi hijo es un rey! Un mundo marcado por fenómenos naturales, con sus nombres y definiciones—*étupos*: huecos profundos producidos por reacomodos nubosos; *tubnasis*: olas con impulso que caen dentro del mar; *chutlasis*: brusco levantamiento de montañas; *ocóperos*: burbujas de aire dentro de la tierra (porque también hay mar y tierra en las nubes). Por la pantalla de mi imaginación pasan cetros, escudos de armas, palacios, catedrales, concilios, redistribución de nubes en organizaciones sociales, geográficas y políticas—*Lermak, Valle, Tarambuesa, Lana, Ildorenia, Brezeta*... Puentes de arco iris; tiempos y paisajes sin fin.

Mientras tanto la casa se ha llenado de gritos y cantos; de peces y gatos y perros y chupamirtos y canarios y ruiseñores en imposible por apacible contigüidad; de dinosaurios—sólo los de la *Carnegie Collection* valen porque están hechos a escala, con un material “muy especial” que los hace más pesados que otros—de dinosaurios filmados, pintados, en libros para aprender a dibujar... Animales, animales; animales de todo tipo y formas de existencia: animales en libros, en postales, calendarios y carteles; animales con pelos y uñas y picos... Todo un mundo. Toda una pasión; con esa exclusividad de coleccionista y esa entrega al conocimiento que marca a la pasión infantil.

Pero ya con los años los desfasamientos se han multiplicado, sin que una se dé realmente cuenta, porque los recuerdos son, literalmente, entrañables y siguen pesando no sólo en la memoria sino en los afectos y en el juicio. Hasta que llega la extrañeza, la evidencia de impenetrabilidad. Tenía mi hijo tres años cuando un buen día se quedó bizco durante horas: de este lado

del espejo la angustia, las medidas prácticas: hay que buscar al oculista. Del otro lado del espejo la diversión apenas balbuceada: “qué divertido: dos mamás”. Dos de todo. Luego ya no le pareció tan divertido y se durmió. Exámenes minuciosos, búsquedas científicas de un significado que le dé forma a esa experiencia aparentemente irreductible al sentido. Diagnóstico: su visión es normal, no tiene nada. Aunque de manera esporádica, la experiencia se repite, la no explicación también. El tiempo pasa, ya es muy de vez en cuando que se le cruzan los ojos. Y si llega a ocurrir, como ya es más grande, puede articular lo que siente en palabras: un buen rato después de ver doble, todo se le hace chiquito, como si se le alejara; como si el espacio y las distancias crecieran desmesuradamente para interponerse entre él y las cosas, haciéndolas diminutas.

Cada vez concibo menos su experiencia, no sólo es incomprendible, es *incompartible*. Dada la obsesividad que me caracteriza, no me puedo conformar; multiplico los exámenes, las búsquedas. La respuesta es siempre la misma: nada. En vista del fracaso y de que cada vez ocurre con menos frecuencia, acabo finalmente por arrumbar la experiencia en el desván de las herencias: después de todo el tío bisabuelo Manuel tenía estrabismo; de niña, a una tía se le quedaban los ojos trabados durante semanas y luego se componía, y a otra todavía se le va un ojo cuando se enoja...

Siguen pasando los años. Me miro en mi hijo como en un espejo: reconozco ese modo de abordar las cosas, esta manifestación de ternura, aquel sentimiento, esotro gesto, esotra pasión... Hablamos siempre, hablamos de mundos posibles. ¡Ah, la comunión de las almas! Al punto de olvidar la opacidad de la propia imagen, al punto de olvidar que esas coincidencias no son sino meros atisbos, poros ligeramente más abiertos por los que se filtra la luz de esa estrella que es mi hijo, pero como un rayo de luz refractada por mi propia opacidad. Sí, es cómodo ser madre y mirarse en el hijo como en un espejo; es cómodo irse a chacharear al desván de las herencias.

Un buen día, a los nueve años, se despierta a la mitad de la noche, aterrado: los ruidos de su entorno han crecido, como si le hubieran subido todo el volumen al amplificador del mundo; el roce de mis pantuflas sobre la alfombra le es intolerable, como el estruendo de un avión a quemarropa. “Es una pesadilla, ya pasó, ya pasó...” Pero no pasa. Pasa ese día pero vuelve una y otra vez, sólo que ahora viene acompañada de un viejo conocido de ojos bizcos. Se angustia cada vez más: “¿Qué me está pasando, mamá?” Esta vez no tengo respuestas cómodas; se ha roto el espejo y he perdido la llave del desván. Luego es antes de quedarse dormido que el mundo acústico se le agiganta y el visual se le disminuye en la lejanía; por lo tanto, ya no se puede tan fácilmente atribuir esta extraña experiencia a una pesadilla. *Pesadilla*: ese nombre general, abstracto como todas las palabras, al que recurrimos para expresar de manera irremediadamente fallida una experiencia irreductible, irrepetible, a la que *jamás* tendremos acceso directo. Pero la palabra abstracta también es cómoda, todo mundo la conoce, todo mundo “sabe de qué estamos hablando”, cuando que no sabemos *realmente* nunca nada.

Esta vez no busco un otorrino, como busqué un oculista a los tres años. La aparición de este extraño mundo sonoro magnificado le da sentido al mundo visual disminuido; forma un patrón, reconocible como el *mismo*, a pesar de la oposición en las dimensiones, a pesar de las diferencias sensoriales. Todo esto es como una metáfora: *no tiene nada que ver pero es lo mismo, por lo tanto significa otra cosa*. Así, en una terrible metáfora corporal, el sinsentido se ha resuelto en sentido, aunque confuso, apenas *pre-sentido*; ahora tengo la certeza de que el origen y significado de todo esto no está ni en los ojos ni en los oídos sino en el cerebro. El pánico es total y la imaginación se dispara en narraciones y escenarios descabellados pero posibles.

Busco a la pediatra y le pinto, con todo el detalle narrativo y descriptivo de que soy capaz, el díptico incomprendible. Insisto en un neurólogo. En efecto, es un patrón y tiene sentido. El díptico no es incomprendible, no para ella; dibuja una figura que se puede reconocer; forma parte de todo un sistema de conocimiento y puede por tanto ser descifrado. La pediatra se erige

entonces en la intérprete del mundo de mi hijo. Diagnóstico tentativo: crisis sensoriales; distorsiones pasajeras de la percepción que se pueden explicar y, una vez determinada la magnitud de la lesión, tratar. La explicación es perfectamente etiquetable; un conjunto de síntomas que se pueden clasificar; una etiqueta con nombre: un *síndrome*. El nombre tiene, por demás (si no es que en demasía, considerando el apelativo), un apellido pseudocientífico, tan extraño como los síntomas: *Síndrome de Alicia en el País de las Maravillas*. No lo puedo creer, como no puedo creer que esto le esté pasando a mi hijo y, menos todavía, que le pase a otros, que sea una *clase* de experiencia, un fenómeno catalogable y no una experiencia individual. En el nombre mismo se cuele la extrañeza: es como si todo el sinsentido de esa historia se hubiera venido a vivir de este lado del espejo. Recorro los parajes familiares de *Alicia...*; es mi mundo, el de palabras y metáforas y mundos posibles, súbitamente convertido en una categoría científica, un síndrome, un diagnóstico. No entiendo nada.

Entramos en el terreno de la causalidad. Al nacer, hubo sufrimiento fetal porque no le llegó suficiente oxígeno; estas crisis sensoriales son, tal vez, la consecuencia. El *sufrimiento fetal* es algo perfectamente codificado también y por lo tanto se puede descodificar en signos comprensibles. Así, la experiencia es explicable, forma parte de una cadena de causas y efectos. Pero de todos modos sigue remitiendo de manera sugerente al universo de ficción imaginado por Lewis Carroll. Habría allí, tal vez, equivalentes, afinidades, resonancias, una posibilidad de concebir y de vivir un mundo así. Por lo pronto, como todo discurso, el científico también es retórico; tiene su dimensión persuasiva cuidadosamente trabajada. La mente se apacigua, mira las cosas con más calma porque ahora “entiende”: mis narraciones posibles fueron en efecto descabelladas. Pero mi intuición fue correcta: hay un patrón de sentido y hay que leerlo en el cerebro.

Falta de oxígeno, sufrimiento fetal; la memoria y el corazón acuden a completar el significado, a temporalizarlo: esto debe haber ocurrido aquella tarde en la fotocopidora, cuando un tipo con pistola entró a asaltarnos a todos por igual, clientes y dueño. Y yo, con seis meses de embarazo, me asusté al punto

de quedar sin aliento. Por más que trataba de respirar hondo, el aire parecía quedarse sólo en la nariz. Es una experiencia de sofocamiento que aún puedo recordar, sentir en el recuerdo. Pero en ese momento preciso, en mis sentimientos, en mi percepción, estuve *sola*. Entonces mi hijo también debe haber sufrido y *yo no lo supe*. Sólo *yo* sentí el ahogo. No pude saber ni sentir el suyo, como en cambio sentía sus movimientos. El sufrimiento de mi hijo se repitió tres meses más tarde, cuando entré en labor de parto. En mi felicidad estaba yo instalada en la práctica de la respiración psicoprofiláctica; tranquila, esperando emocionada, aunque ligeramente nerviosa, que llegara la hora en que nacería mi hijo. Pero el ginecólogo leyó el texto inscrito dentro del útero y determinó que ya había sufrimiento fetal, que era necesario hacer cesárea.

Estaba yo consciente cuando el médico sacó de mi vientre al bebé. Luego se hizo un silencio que me heló la sangre y me desgarró la garganta. Tal vez ni siquiera fue un minuto, pero para mí quedó encapsulada la eternidad en ese intervalo de silencio. Debido a que encontraron meconio en el líquido amniótico, no lo dejaron hacer su primera inspiración sin antes sacar de su cuerpo todo el líquido. A pesar de estar consciente, yo no podía ver nada debido a los campos estériles. Cuando la ansiedad se hizo intolerable pregunté, llorando, por qué no lloraba el bebé. Casi de inmediato vino por respuesta una vocecita quebrada que me iluminó con su llanto. Que todo había salido bien, aun cuando los signos de meconio antiguo y fresco indicaban sufrimiento fetal con toda claridad, pero no había nada de qué preocuparse.

*Síndrome, lesión, meconio, sufrimiento fetal*: términos vuellos inteligibles por la explicación. Uno lo entiende con la cabeza, pero ¿qué quieren decir? Se puede explicar el concepto, insertarlo en la serie de causas y efectos; la experiencia tiene nombre y apellido, fronteras y límites; se puede *decir*, se pueden representar sus consecuencias en forma gráfica por medio de un electroencefalograma. La explicación convence; la razón la acepta. Uno cree que entiende. Pero una no entiende nada; una *nunca* entiende nada. Jamás podremos *saber* lo que es sufrir fetalmente, como jamás podremos concebir cabalmente el sufrimiento del

otro. En el corazón, en la imaginación, es *inconcebible*: mi hijo sufrió y yo no lo supe; eso es lo único que sé. Pude concebirlo en el útero pero no pude concebir su sufrimiento.

Y me desespero en la ironía y la paradoja. ¿Cómo es que mi pequeñito sufre de crisis distorsionantes de la percepción, cuando que es la criatura con los sentidos más aguzados y refinados que conozco? Reúno evidencias, toda la artillería emocional de la que soy capaz, para defenderme ante este incomprensible tribunal de la experiencia: me acuerdo cómo, en una ocasión, en el acuario de Boston, donde llegamos en la mañana y salimos hasta que nos corrieron porque ya iban a cerrar, él llamaba mi atención sobre infinidad de plantas, peces, cangrejos, estrellas de mar, anémonas... que de otra manera jamás habría yo notado. "Mira mamá aquel cangrejito metido en esa cueva que está *hasta allá...*" Yo desde luego me sentía todo el tiempo como si me hubieran metido en el mundo de "¿Dónde está Wally?" y no veía nada, pero él, deleitado y absorto, lo veía todo, lo observaba todo y me lo hacía notar. Además oye perfectamente bien, con una gran precisión; la maestra de piano dice que su oído es perfecto, capaz de reproducir cualquier nota con la voz. Y sus experimentos auditivos: "Cállense todos. A ver, ¿qué pueden oír?" Luego hace la cartografía del silencio: el ruido del agua en la pecera, el viento entre el follaje, los chupamirtos allá afuera, el perico que vive a dos casas de la nuestra...Y cuando los primos dejan ropa— aun las camisetas, que para mí son todas iguales—él reconoce de quién es porque va y la huele como perrito: "Huele a David". Y los sabores... y el adorado oso Beny, calvo ya de tanto amor, de tantas caricias para sentir la suavidad del peluche... Pero por más que haga yo el inventario de los refinamientos sensoriales, allí sigue, como una mueca grotesca, la evidencia de ese mundo distorsionado que lo condena. No lo puedo entender; peor aún, no lo puedo vivir y apenas si lo puedo concebir.

La pediatra, con vocación de hada madrina, ha sido buena intérprete; sabe otros códigos; se lo ha explicado con metáforas. Y en la explicación entra por primera vez el corazón, porque la metáfora permite un atisbo; puede uno imaginar algo, más allá del entendimiento, más acá del sentimiento. "No es grave, no te

estás volviendo loco, ni tampoco lo estás inventando; lo que te pasa es real: es como un moretón que duele cuando lo tocas.” Bonito que sea la metáfora la que diga la realidad de manera más convincente. “Cuando te cortas un dedo queda una herida y duele; si te raspas la rodilla es sensible al roce. Esto que te pasa es real; como si te hubieras pegado en el cerebro y se te hubiera hecho un pequeño moretón. Cuando estás cansado, es como si le pasaras un dedo que te hace ver y oír las cosas de otra manera...”

Mas el espejo es también un espejo abierto al mundo y al tiempo; en él se multiplican las preguntas que con el estupor no se me habían ocurrido: ¿qué significa esta súbita progresión geométrica de las crisis? ¿Habrán de invadir cada vez más territorio de su vigilia? ¿Es intermitente o progresiva? ¿Desaparecerá o se intensificará conforme crezca? Con las preguntas se multiplican en la imaginación los médicos posibles, las opiniones encontradas que acechan en el camino a seguir, las secuelas del tratamiento... Los enigmas sin fin del cuerpo y del alma. El tiempo los desplegará en abanico, replegando algunos en respuestas y en hechos, descubriendo otros que ni siquiera puedo imaginar ahora.

Por lo pronto mi pequeñito se ha tranquilizado un poco. Me habla con más confianza y menos miedo sobre la experiencia: le angustia el volumen de los sonidos pero le divierte la distorsión visual. “Eso es padre mamá, es como vivir en un palacio muy grande, sólo que las cosas se ven tan chiquitas que ya no distingo los detalles; ese cuadro del canal con el puente, por ejemplo, se ve de este tamaño y sólo como un mazacote azul y negro.” “Lo padre de que se alejen las cosas es que sientes como si volaras, porque con unos cuantos pasos o con una carrerita de nada ya llegaste, cuando que tú creías que estabas lejísimos.” “La otra vez que me pasó, estaba con Paulina. Se me hicieron dos Paulinas y la que no era la verdadera se aparecía y se desaparecía en pedazos, con una línea transparente que las dividía a las dos. Un pedazo de Paulina se escondía cada rato detrás de la Paulina verdadera. O si se separaban, la que no era la verdadera, se iba borrando poco a poco del otro lado.”

Además tiene un soplo en el corazón, pasajero porque ha crecido demasiado en muy poco tiempo. Quizá son esos moretones sobre los que el cansancio y su propio crecimiento han presionado, pasando su dedo distorsionante que lo empuja a otro mundo, donde las cosas se hacen pequeñas y los sonidos se agigantan. Por lo visto no sólo se trata de crisis sensoriales sino de crecimiento.

Es el dolor de crecer—*growing pains*, dicen los sajones, y *no* es metáfora. Sí, crecer duele, duele bastante; estira y presiona sobre viejos moretones, sobre los pequeños chipotes del alma y los raspones del corazón. Y no hay tregua, porque no se acaba cuando el cuerpo termina de crecer. Seguimos creciendo, creciendo siempre. Tampoco el dolor se acaba; no se acaba nunca. Porque la otra alternativa es la de un lento endurecimiento interior que termina en la insensibilidad y en la parálisis espiritual.

Luego me entero, porque él me lo dice, que estas crisis sensoriales (las del oído también, no sólo las de la vista) ya le habían ocurrido “cuando era chiquito” pero como no eran muy fuertes pensaba que eran tonterías y no decía nada. Como entonces no se dio el puente de la palabra, ese mundo acústico permaneció *totalmente* sellado para mí. ¿Dónde estaba yo que no pude ni supe sentir con él? ¿Enfrascada en qué discurso banal, en qué interpretación errada de su mundo? Porque finalmente, sólo por vía de la palabra es que nuestra imaginación puede comenzar a trabajar para construir una imagen, buscar, con cuidado y con amor, aquellas palabras que pudieran ser un equivalente de ese otro mundo que uno quisiera conocer, al que uno querría tener un acceso directo. La palabra, la imaginación. En el nombre está quizá la posibilidad de un camino para la imaginación. Tú que eres sabio, hijo, quisiste volver a ver *Alicia en el país de las maravillas* aquella noche que regresamos de la pediatra. Trataré de acompañarte por ese camino con todo el amor que siento por ti. Porque sólo el amor es capaz de tender puentes, de movilizar la imaginación para concebir al otro, concebirlo en la luz y en el amor, a sabiendas de la sombra, aceptando de entrada el dolor que produce la irremediable fragmentariedad de una imagen

que es, sin embargo, nuestro único equivalente, nuestra única vía de acceso al otro.

¿Qué se siente, hijo, entrar de repente en un mundo de sonidos convexos e imágenes cóncavas? Para luego salir de él como si nada, y no ocuparte más de esto, y apasionarte exclusivamente por las diferencias morfológicas entre Elasmosaurios y Plesiosaurios. ¿Qué se siente estar apasionado así? ¿Y qué se siente tener ese reino entre las nubes del que tanto me has hablado? ¿Qué se siente ser rey? ¿Qué se siente, hijo, *ser tú*?

Pude concebirte en el útero una sola vez, "dar a luz" tu cuerpo completo y contenerlo entero en mis brazos. Pude entonces abrazarte como a un mundo, pero ese otro mundo que se abre en tus ojos hay que concebirlo de otra manera, en la imaginación y en el amor. Habría que concebirte nuevamente, en el espíritu, concebirte una y otra vez; y, al mismo tiempo, resignarme al fragmento, al atisbo, a los destellos. ¿De qué otra manera se conciben las estrellas?

Sigo parada frente al espejo. Quisiera desvestirme totalmente de mi reflejo para pasar del otro lado; ser otra, poder realmente saber qué se siente ser otro; percibir el mundo desde otros sentidos, vivirlo desde otros sentimientos, desde otro corazón; buscar otras vías de acceso al mundo del ser amado. Sí, quisiera ser tantos otros, tantas otras. Quisiera hacer tantas preguntas... Sólo responden mi imagen y las formas vagas que apuntan al universo deseado, adivinado apenas, del otro lado del espejo.

1996

## *In memoriam*

*Vex not his ghost. O, let him pass; he hates him  
That would upon the rack of this rough world  
Stretch him out longer  
(King Lear)*

julio 1º

Madre,

Yo sé que tú prefieres no hablar de lo que piensas, que incluso prefieres no pensar nada. Lo has dicho y te lo respeto, pero te pido que me escuches, que leas esta carta o me dejes que te la lea. No me puedo ir sin decirte mis sentimientos. No te puedes ir sin que sepas cuánto te quiero, cuánto admiro tu valor y tu entereza. Deja que me despida de ti con tu sufrimiento, con mis recuerdos—con mis culpas tal vez—, deja que me despida de ti con mi amor.

En estos días se me ha vuelto a hacer presente un recuerdo tan antiguo como mi vida: el olor y la textura de tu piel blanca y fresca, ligeramente húmeda, ese huequito de carne entre el hombro y el pecho que se me quedó impreso en la memoria, en la nariz, en los ojos del alma. He vuelto a oír tu voz, hermosa y juguetona, cantando en los días de campo—ese cante jondo que tanto te gustaba, ¿te acuerdas? “Y mi mare se pone neraaa ...” o aquella canción tan campirana: “Han nacido en mi huerto dos arbolitos...” He vuelto a saborear las galletitas que me comprabas cuando íbamos por el Monumento a la Revolución. Tengo aún en la lengua el sabor a naranja y a felicidad que emanaba de ti mientras caminábamos por La Fragua y las calles aledañas al monumento. He vuelto a verte recostada con un libro, a solas por las tardes, a oírte leer de aquellos libros argentinos, tan grandes y llenos de hermosas ilustraciones que me parecían mágicos, como las historias que en ellos se contaban.

Luego te perdí para reencontrarte encerrada en la parálisis de tus propios miedos—te he perdido ya tantas veces. Pero

aun en esos años de prisión familiar, hubo momentos de cercanía y de intensa felicidad: preparando tortas los días de campo o para aquella noche de Año Nuevo en la que no había para otra cosa—siempre supiste confeccionar y disfrutar las más succulentas tortas. Mi madre, la soprano de las carreteras, la guapa y elegante mujer que me acompañaba a los festivales de la escuela, de la que siempre me sentí tan orgullosa.

Llegó un día en el que, a pesar de mi angustia, de la culpa que me ahogaba, te dejé abandonada en tu prisión—te he abandonado ya tantas veces, madre—pero tenía que vivir mi vida, o por lo menos así lo creí entonces, ¿acaso vive una realmente su vida? ¿Acaso no es la vida más que una dolorosa cadena de traiciones?

Yo sé que muy en el fondo, y a pesar de que siempre te has sentido orgullosa de mí, tú hubieras deseado que mejor fuera yo una señora casada, de buena posición, bien vestida, o una afamada escritora de best sellers, o, por lo menos, una mujer delgada. Nada de eso he sido. Y a veces, como ahora, a despecho del extrañamiento que siempre me han causado esas imágenes que construyó tu deseo para mí, quisiera decirte cuánto siento no haber sido la que tú hubieras querido, quizá porque a mí tampoco me gusta la que soy. Sí, yo también hubiera querido ser otra, no sé cuál, pero otra.

A lo largo de mi vida he seguido muchos caminos que me han alejado de ti, comenzando por mi pasión por otras lenguas, por todos esos mundos de los que nada sabes. A veces tu incomprensión, tus ideas sobre lo que debería ser el éxito, me han molestado. Entonces me he ido más lejos y te he cerrado todas las puertas de mi vida interior.

Te he abandonado también desde dentro.

Te he abandonado muchas veces, es cierto, pero si te vas ahora, quiero que lleves contigo el saber que, pese a la distancia, los malentendidos y las irritaciones, te he querido siempre; que en estos días en los que has sufrido tanto, he recuperado una dimensión que creí perdida: la física, el poder tocarte, acariciarte, darte masajes para así calmar con mis manos el cansancio de tu piel. Por eso, si te vas, madre, llévate el amor que está en el

contacto con mis manos, llévate el íntimo saber que tú fuiste mi primera pasión.

\*\*\*\*\*

Esta carta, breve para no fatigarte más de la cuenta, tuve que leértela a gritos para que pudieras oírme, porque el tumor ya ha invadido la base del cráneo y ha presionado tus oídos hasta sellarlos casi totalmente. También cerraron la salida de tu voz con el tubo por donde respiras. Pero quedan tus ojos, tu sonrisa, tus manos, tu extraordinaria lucidez; por ellos sé que me oíste, que algo te han significado mis palabras, que acoges con dulzura esta despedida, como nosotros aceptamos la tuya, hace ya más de tres semanas, con una mezcla de estupor y respeto.

Fue largo el período de exploraciones: radiografías, análisis, biopsias, tomografías; catéteres y venodisecciones que dejaron tus brazos maltrechos, llenos de moretones y costuras apresuradas. Pero tú bien supiste de la invasión sin tregua del cáncer; dijiste incluso que lo sentías crecer en la garganta como búlgaros en leche. Por eso te quisiste despedir de todos. Admirable fortaleza, aunque también, quizá, un profundo deseo de irte. Te pregunté entonces si tenías miedo, ¿te acuerdas? Dijiste que no porque hacía mucho tiempo que te habías preparado para morir; que si salías de ésta sólo pedías no quedar incapacitada y dependiente de los demás, llena de tubos, sin poder comer. Siempre disfrutaste tanto de la comida, de las fiestas; hasta los preparativos se convertían contigo en un festejo suplementario y anticipado. Del mismo modo, quisiste hacer de estas últimas previsiones una fiesta. Como tus nietos no podían subir a despedirse de ti, pediste permiso para que, un día antes de la operación, pudieras desayunar con ellos y con todos nosotros en el restaurante del hospital. Escogiste el traje que querías ponerte, la mascada que mejor combinara con el atuendo y mejor ocultara el tumor; te maquillaste y peinaste; aceptaste bajar en silla de ruedas pero jamás consentiste en bajar sin tacones. Los niños estaban desencajados a tu llegada, pues sabían lo que este desayuno significaba, pero tú lo fuiste modulando hasta darle

la tonalidad de una celebración: platicaste con ellos, les hiciste bromas, contándoles de las pelucas que, según tú, habías mandado hacer a París, aprovechando que estaban allí los del fútbol que te las podían traer a su regreso, no más por si después de la operación, con la quimioterapia te quedabas calva; admiraste tus flores largamente, porque sabías que no te las dejarían subir al cuarto; posaste para todas las fotos, quisiste retratarte con todos y cada uno de nosotros...

Y luego no te moriste en la operación.

Pensamos en un primer momento que lo ibas a tomar como una burla del destino, porque venía a estropear tu despedida. Había sido elegante, sobria, llena de buen humor; un poco teatral, es cierto, pero justamente esa teatralidad era lo que le daba a tu actuación un toque de estoicismo, de obra de arte compuesta sobre el cuerpo en y para la muerte. Pero no, no te desesperaste, ni te arrancaste la multitud de tubos que te conectaban a la vida, aunque has quedado exactamente como dijiste que no querías estar. La traqueotomía confina tu aliento a la apertura grotesca de un burdo tubo de plástico, encarnado en la espantosa herida que mutila tu cuello; tu hombro derecho quedó bordeado de costuras que mal cierran el boquete que, con el paso de los días, se ha ido abriendo más y más. Carne que el cáncer ha horadado, carne que llora su derrota sin cesar, dejando al descubierto tendones y músculos, socavados día con día por el enemigo.

Fuimos tus hijas las que nos desesperamos al saber, después de la operación, que no había remedio, que el tumor había invadido vértebras cervicales, tórax, base del cráneo; que se trata de un cáncer anaplásico, el más agresivo que existe. La noticia fue como una puñalada de desesperanza para todas: y ¿cómo era posible?, si tú ya te querías ir, si estabas conforme, incluso agradecida de irte, contenta de poderte despedir; ¿qué sentido tenía entonces que te hubieras salvado de la operación sólo para sufrir más antes de morir? ¿Y cuánto tiempo más? ¿Días, semanas, meses...? ¿No bastaba ya con lo que habías sufrido a lo largo de toda tu vida?

## julio 4

No puedes hablar, ya casi no oyes y te cuesta trabajo escribir. Te has encerrado en un estoicismo que, al principio, interpreté como una muralla que venía a sustituir a la de palabras, detrás de la cual te habías encerrado en los últimos años. Pero no, se trata de un estoicismo que ahora veo tiene el valor de la sabiduría, de un crecimiento espiritual insospechado, que ha ido cobrando la forma de un lento despojo, para encontrar otras vías de comunicación, otras vías de afecto.

Toda tu vida, madre, ha sido un lento despojo.

Hiciste, la primera vez, después de la operación, un registro entre apenado y resignado de cómo te bañaron cual bebé, pero todavía querías un camisón y tu propia bata. Ahora ya no parece importarte estar vestida con esos andrajos que hacen las veces de camisón, y ya hace días que no te maquillas ni te peinas. No ha pasado ni una semana desde que escribiste que te morías de ganas de una torta de frijoles negros, refritos, con crema, cebollita picada, chilito y cilantro... Eso fue antes de que el tumor, que no ha dejado de crecer a pesar de la operación, royera las paredes del esófago hasta agujerarlo. Ahora tienes un tubo más y ya nunca podrás comer otra cosa que no sean los líquidos que puedan pasar por la sonda nasogástrica.

Sí, un lento despojo: de ropa, de palabras y sonidos, de comida, de independencia y de vida... Pero quedan tus ojos vivaces y tu sonrisa, tu cariño y buen humor que resisten más que tu cuerpo al asedio; quedan, sobre todo, la infinita paciencia y la dulzura que has ido cultivando en estas semanas. Ayer, cuando amaneciste tan hinchada que casi no podías abrir el ojo derecho, te sentaste en la cama y, con un gesto de desesperación, doblaste el brazo derecho para apoyar la cabeza en la mano. Al darse cuenta, la enfermera te hizo la señal para que lo estiraras, pues estabas deteniendo el flujo del suero. Lo desdoblaste lentamente, sin chistar, pero una imagen clarísima debe haberse formado en tu imaginación, pues inmediatamente tradujiste el gesto en la representación de un mendigo tuerto y contrahecho, con el brazo

estirado, pidiendo limosna. Fue tanta la risa que te dio, que acabaste contagiándonos, y con eso se te esfumó el desánimo.

Aunque te lo hemos pedido, no quieres hablar nada de lo que piensas, ni de lo que sientes. La última vez que te insistí, me hiciste un gesto que sin lugar a dudas significaba “¿para qué?” Pero en cambio quieres que *nosotras* te hablemos, que te contemos de los niños, de lo que hacemos, de nuestros planes. Y yo desde entonces ando medio encarrilada—o descarrilada, ya no sé—en un tren de discurso que corre sobre el doble riel de la conversación a gritos y el de los recuerdos, sentimientos y resentimientos de los que ya no te podré hablar, de los que antes tampoco te hablé o si lo hice fue a medias, porque con los años fuiste trenzando una cuerda verbal, con infinidad de palabras, banales y veloces: Luis-Miguel-y-Yuri-y-López-Dóriga-y-la-película-que-viste-ayer... Hablando y hablando, para así no hablar. Y le dabas tan duro a la cuerda que nunca tuve la suficiente agilidad verbal para entrarle y saltar a esa velocidad sin que mis sentimientos, que tanto trabajo me cuesta articular, tropezaran y resbalaran hacia el resentimiento o se fueran hasta el fondo del desaliento.

En estos días, cuando me pides que te cuente, entre otras cosas, de la presentación de mi libro, a la que finalmente no pude ir, al tiempo que te doy los pormenores, me acuerdo del pleito de hace un año, cuando te dije que por fin se iba a publicar en Siglo XXI. En un tono de irritación, casi de reclamo, me dijiste entonces: “Vaya, por fin, porque ya es hora, ya es hora de que seas famosa”. Como siempre, cuando me salías con esas cosas, me enfurecí y te dije, con bastante arrogancia y acidez, debo confesarlo, que famosa ya era para los que *sí* saben de lo que estoy hablando, pero que podías estar segura de que jamás saldría yo con Guillermo Ochoa o con tu admirado López Dóriga, y que, desde luego, nunca me haría una entrevista Ricardo Rocha. Pero hace un par de meses, cuando finalmente se publicó el libro, estabas tan entusiasmada que nunca permitiste que te diera un ejemplar; querías comprarlo tú misma el día de la presentación y formarte en la cola para pedirme un autógrafo. Me conmovió a tal grado tu fantasía, tan de niña, que volví a verte en los recuerdos que me has heredado, ahí, ansiosa, formada en-

tre nueve hermanos, esperando tu turno, esperando inútilmente a que tu padre cumpliera las promesas que te hacía, esperando una segunda caricia de tu madre, porque la primera te agarró tan desprevenida que te echaste a llorar—nunca te había dado un beso—y luego todo acabó en regaño: “¿ya ves por qué no te me acerco? No te puede uno dar un beso sin que te pongas a llorar, ¿es el colmo!”

Nunca te repusiste del desamor de tu madre, incluso dudabas que fuera tu madre, lo cual es algo tan insólito que lo único que puede explicarlo es la irracionalidad de la furia materna. Menos aún pudiste sobreponerte a la debilidad de tu padre; eso te caló más hondo. Eras su consentida. Cuando llegaban las visitas—casi siempre gachupines racistas que inmediatamente te señalaban por tener los ojos y los cabellos de otro color—, tu padre exhibía orgulloso tu cabellera que de tan negra azulaba al sol. Supongo que eso te compensaba un poco el hostigamiento de todos tus hermanos—agachupinados también, de ojos y cabellos deslavados—gritándote *negra* a la menor provocación. A tu padre le fascinaba también la expresividad de tus grandes ojos negros; los días de Reyes quería estar presente para verlos cuando abrieras tus regalos. A la hora de los castigos, entrabas en complicidad con él haciendo simulacros de palizas para salvarte de las de a veras que te propinaba tu madre. Él daba cinturonzos a diestra y siniestra sobre los barrotes de la cama y tú aullabas de dolor. Así todo mundo quedaba satisfecho: tu madre de la paliza ejemplar, tu padre de parecer fuerte y cumplir con su deber de hombre de la casa, y tú de no tener que andar sobándose los verdugones todo el día.

Pero no siempre se podía esquivar la inquina materna. Un día los Reyes te trajeron la muñeca que habías deseado durante meses; tu felicidad era del tamaño del deseo cumplido; la de tu padre, del tamaño de tus ojos azorados. Uno de tus hermanos te la pidió prestada; por accidente se le cayó, y se hizo añicos la cabeza de porcelana. Fue tanto tu desconuelo que tu padre prometió reponerte la muñeca ese mismo día. Pero tu madre, apenas oyó tales “despropósitos”, como ella dijo, enfureció y declaró que no se podía estar tirando el dinero para satisfacer los

caprichos de una niña llorona. Pedacito a pedacito se te metió esa muñeca en el alma y ya nunca pudo salir. Hace algunos años, en una magna borrachera, la reviviste. En ausencia de tu madre, pusiste a tu hermana Lupe en su lugar, y volviste a llorar—abolido el intervalo de los años, olvidada la vejez y la propia maternidad—a llorar por los fragmentos de porcelana de una cabeza y de una vida estropeadas. Allí mismo hiciste duelo por la ausencia de un padre que acabó por morir, con tal de no tener que enfrentar su propia debilidad y las crecientes discriminaciones desquiciadas de una esposa que lo rebasaba; para no tener que verte trabajando en una fábrica a los catorce años, soportando el boicot materno contra la escuela, hasta que tuviste que dejarla por cumplir con el trabajo de la fábrica y lavar la ropa de tus hermanos, mientras Luisito, el consentido de mamá, buscaba trabajo pidiendo no encontrarlo. “Y a mí, ¿cuándo me toca?” le repetías desconsolada a tu hermana Lupe, “¿cuándo?” Te sentí entonces tan lejana, tan sola, tan niña, que quise escribirte algo, un poemita, unas cuantas palabras torpes que intentaban fijar en el recuerdo aquella muñeca perdida, ¿te acuerdas?—*Tengo en mi casa un reloj descompuesto, / y no lo reparo porque te significa. / Se le reventó la cuerda / el día en que murió tu padre. // Una muñeca de porcelana te llama, / tiene la cabeza rota, / la cara manchada. // No ves hijos ni amigos. / Una cabeza rota, / una promesa suspendida... // Aquel día en que murió tu padre / se detuvo sin remedio tu vida...*

“¿Qué me cuentas?”, me preguntas con los labios, apenas me quedo callada. Quieres saber de mis planes, de mi trabajo, de mi viaje, hasta de mis sueños. Ésos son más fáciles de contar. La otra noche soñé que estaba en medio de una habitación enorme, sentada en la cama, viendo cómo en derredor mío había una multitud de gente en una fiesta y yo me preguntaba qué hacía toda esa gente en mi cuarto, o bien, qué hacía yo, en cama y en pijama, en medio de una celebración de la que nada sabía. Vi el techo resquebrajándose; por las grietas, llovía una fina lluvia de arena y cal. Nadie notaba nada excepto yo. De pronto, al pie de la cama, apareció una rata de ojos verdes; me miró con tal intensidad que me sentí hipnotizada. Pero salí del hechizo al oír un aleteo afuera. Tras la gran vidriera que corría a lo largo de uno

de los muros de la habitación, vi una magnífica águila con las alas desplegadas, pero con el cuerpo como de oso de peluche. El aleteo era desesperado, pues estaba atrapada en un cerco de barrotes que se cerraba detrás de ella, a unos dos metros de distancia. Estaba afuera y sin embargo no por ello había escapado al cautiverio... Cuando te conté el sueño, me hiciste la señal de que querías escribir y me dijiste que tú siempre te habías identificado con las águilas. Yo no; es con los perros con quienes más me identifico, sobre todo con los Collie y con los Labrador. Pero esta vez supe que el águila prisionera era yo, con cuerpo de oso de peluche y todo. Tan atrapada, tal vez, como aquel pájaro en el tinaco, cuando vivíamos en Obrero Mundial.

Había un patio interior, de muros altos, grises, mal repe-llados con cemento, en el que yo jugaba a la pelota obsesivamente, siempre sola, para huir del bullicio de mis hermanos, tan pequeños que nada tenían que ver conmigo, tan ruidosos que con ellos me sentía más sola que nunca. Afuera, en el patio, pasaba el tiempo, pasaban las fantasías, una tras otra, y el golpe de la pelota contra el muro iba ritmando mi soledad, escandiendo mis ensoñaciones. A veces me gustaba subir por los peldaños de fierro empotrados en la pared hasta un tinaco destapado. Si lograba trepar hasta él y pararme de puntitas sobre el borde, podía ver el terreno baldío del otro lado del muro. Pero ahí no había otra cosa que matorrales, basura y ratas, así que no tenía mucho sentido subir tan alto para ver hierbajos y basura atascados detrás de otra barda. Un día se me fue la pelota al tinaco. Cuando me empiné al interior para recobrarla, vi un pájaro muerto, con las patas enredadas en una maraña de pelos. Bajé con un vacío en la boca del estómago, entre náusea y angustia.

Le lloré mucho al pájaro muerto, y ya no quise saber más de la pelota ese día. Había mirado, tal vez, en el espejo de esas aguas podridas, la imagen de nuestra prisión. Atrapadas en una maraña de miedos, de carencias, de nostalgia y de violencia. A mi padre lo habías amado más de la cuenta, con esa manera desequilibrada de enamorarse que tal vez aprendí de ti, en la que todo está lleno del otro lado y vacío de éste, porque una nunca vale nada y es el *otro* el ser maravilloso. Cuando te abandonó,

lo lloraste como a un muerto; no saliste para nada, ni querías comer, ni hablar con nadie; ni siquiera te bañaste en más de una semana, sólo te encerraste a llorar. Años más tarde, por miedo a no ser una señora respetable como las demás, te casaste con un hombre a precio de golpes y miserias. Nunca había para nada, ni para ropa, ni para el cine, ni siquiera para comprar comida; nada, más que víveres fiados, gritos y golpes a granel. Mientras tanto, fueron llegando tus hijos; conforme se multiplicaban, aumentaban los pleitos y la pobreza. Pero de vez en cuando nos íbamos de día de campo y entonces eras feliz. Cantabas de ida y de regreso. También a tus bebés les cantabas mucho y les enseñabas toda clase de monerías.

A veces jugábamos al “Turista”. Todavía me acuerdo de uno de los viajes más felices de mi vida. Fue aquella noche del 31 de diciembre, después de un pleito truculento—su especialidad en fechas memorables— cuando Eduardo decidió castigarte cancelando los planes de esperar el Año Nuevo con unos tíos. Se fue y ni dinero para la cena dejó. Puesto que no había nada más que hacer, preparaste unas tortas, acostamos a los niños que, felizmente, eran tan pequeños que ni sabían bien a bien cuáles o cuándo eran los días festivos. Una vez dormidos, nos fuimos tú y yo por el mundo a tiro de dados. Construimos casas y hoteles por todas partes, nos apoderamos del horizonte azul de España, de Francia y de Inglaterra; del oro de Libia, de la India y de Israel; y nos paseamos largamente por las verdes praderas de El Salvador. “Te toca. Noruega es mía”. “Te toca ¿quieres comprar Egipto?” “Te toca, te toca...” Nunca fui tan feliz: una torta, el mundo entero y mi madre para mí sola.

Cuando muchos años después por fin pudiste viajar, la vida también te escamoteó ese placer. Te invité a pasar el verano de 1980 conmigo en Cambridge. Era enternecedor ver el entusiasmo con el que aceptaste la invitación: todo era novedoso y emocionante, desde ir a sacar un pasaporte y una visa por primera vez en tu vida, hasta cambiar el dinero a dólares, hacer una lista de las cosas que querías comprar, y pedirme que te dijera qué lugares íbamos a visitar. Pero el día que llegaste, tu rostro estaba devastado, traías la muerte en los ojos. Pensé en ese momen-

to que tenías cáncer y te estabas muriendo. No, no eras tú, era tu hijo el que se había muerto, Alejandro, el más joven de todos, el primero en morir. Un accidente absurdo, sublevador y absurdo como todos los accidentes, le había quitado la vida a los veinte años: atropellado, el cuerpo hecho pedazos, todo un futuro posible anulado de golpe. Entonces pensé que mi percepción había sido equivocada, que no estabas enferma ni te estabas muriendo, sino que esa impresión la daba la marca del dolor inimaginable que había dejado en tu rostro, en tu cuerpo entero, la muerte de tu hijo. Y sin embargo, hoy que miro las cosas a través del vidrio oscuro de tu agonía, pienso que, después de todo, sí tenía yo razón: comenzaste a morir el día en que perdiste a tu primer hijo. Pero los árboles añosos no caen al primer hachazo. Nueve años más tarde murió un segundo hijo, Eduardo, devorado por el caos que había hecho de su vida. Un hijo asesinado, una muerte oscura, un cadáver que tuviste que ir a reconocer a Estados Unidos, un texto de sangre y violencia que fuiste a leer a su casa. Y todo con una entereza admirable, una entereza que, desgraciadamente, no siempre mostrabas en la vida cotidiana, porque la inercia de la infelicidad en la que habías caído desde hacía muchos años se fue traduciendo en toda suerte de enfermedades y dolencias. Así, año tras año, las minutas de la impotencia fueron haciendo su inscripción en tu cuerpo con las minucias del malestar crónico: toda suerte de achaques y quejumbres a los que acabamos por acostumbrarnos, como una suerte de bajo-continuo que acompañaba siempre a tu discurso. Pero yo sé decir que cuando te han azotado las grandes marejadas de dolor, entonces te creces, como faro que resiste el acoso de la ola, el acoso de la muerte de tus hijos, uno por uno.

Fue así, como faro, que soportaste el embate brutal de la muerte de Eduardo. Te acompañó entonces Adriana, para apoyarte y darte ayuda si era necesario, pero fue ella la que se desmoronó y tú la que tuviste que procurarla, además de ocuparte de los despojos de tu hijo. En realidad, y aunque quisiera aparentar lo contrario, Adriana siempre fue frágil y nunca tuvo el temple que tú tienes. Pero aun así, quién hubiera dicho que a ella le tocaría su turno ocho años después. Su muerte el año pasado

fue para ti el golpe de gracia, el último absurdo de la vida que toleraste: inconcebiblemente muerta de meningitis bacteriana, a resultas de una sinusitis mal operada; con un hijo de tres años y un proyecto de vida a medias. Hoy habría cumplido cuarenta y dos años. “No entrego un hijo más”, dijiste entonces, y eso se te convirtió en una obsesión. “No entrego un hijo más”, fue lo último que dijiste antes de que perdieras la voz definitivamente. Aunque, de hecho, la perdiste desde la muerte de Alejandro. Más aún, no solamente perdiste la voz de soprano que tanto habías cultivado de joven, perdiste también el tono; te volviste, cosa inaudita, desentonada, tanto, que cuando cantabas era casi imposible reconocer la melodía. Y así, de entre los añicos de tu voz, ya nunca se pudo volver a armar la melodía de tu vida...

Según los médicos, el diagnóstico definitivo es un cáncer anaplásico en la tiroides, pero yo sé que tu garganta, hecha pedazos por el dolor, alberga un cáncer de tristeza. Apareció súbitamente hace tres meses, sin que antes hubieras tenido síntoma alguno, pero, en realidad, se fue gestando lentamente, en dieciocho años de llorar a tus hijos muertos, uno tras otro. Sí, madre, bien sé que te has ido muriendo hijo a hijo, que ya es hora de irte.

## julio 7

Hoy amaneciste mucho mejor. Parece que las radiaciones, aunque te dejan muy fatigada, están cumpliendo con su cometido, porque el tumor está a ojos vistos más pequeño; ya no presiona tanto sobre el tórax y la tráquea, con lo cual se ha liberado tu respiración. No sólo eso, de pronto te has dado cuenta de que oyes mejor y nos has pedido que te pongamos música. Además despertaste de buen humor, riéndote mucho por lo que habías soñado. Con una mirada pícara, me hiciste la señal de que te pasara papel y pluma: “¿Qué crees? Soñé que ibas con Robert Redford en un coche abierto. Había mucha gente siguiéndolos y todo mundo decía ‘¿Y quién es ese güero flaco que va con la Dra. Pimentel?’”

Estás muy entusiasmada de que voy a ir a Sundance y conoceré a Robert Redford. Bueno, he de decirte que mis alumnos

también; no creo que nada de lo que he escrito nunca haya causado tanto revuelo como la carta que recibí de Redford dándome la bienvenida a Sundance, como miembro del proyecto teatral de Ruth Maleczek. Desde hace varios meses, cuando te enseñé el contrato que formalizaba mi participación como traductora, me preguntas constantemente sobre este proyecto, cómo y con quién voy a trabajar, que para qué es esa beca colectiva, que de qué se trata ese laboratorio de teatro que tiene Redford en Utah, que dónde y cuándo se estrenará nuestro espectáculo, que cuándo me voy... Todo el tiempo que has estado en el hospital, me pides que te hable de esto, me vuelves a preguntar que cuándo me voy, cuántos días faltan... Seguramente has notado mi vacilación, porque un par de veces me has escrito diciéndome que me vaya tranquila, que tú ya te irás reponiendo poco a poco; incluso me haces bromas e insistes en que debo ir, porque si no ¿quién le va a dar a "Robert" el beso que le mandas? Has estado preocupadísima de que se acerca la fecha de irme y me sigues viendo chiumela. Cada rato me haces la señal de que qué pasa con ese agujero en mi dentadura. Pero el día en que por fin me pusieron el puente, quedaste muy satisfecha, lo quisiste ver por todos lados, incluyendo por atrás, y luego me escribiste que estaba perfecto, que no se notaba que eran piezas postizas, ni siquiera que era un puente. Y bueno, pues ya me voy mañana, después de tantas dudas. Pero, no sabes cómo me pesa irme y dejarte así, aunque me hayas echado tantas porras cuando me despedí de ti esta noche.

Me atenaceaba la garganta, hoy más que nunca, el recuerdo de esa otra partida, aquel día en que me fui de la casa. Tenía apenas diecinueve años, pero ya no toleraba los pleitos. Me aterraban, siempre me habían aterrado, dejándome paralizada de miedo y de impotencia. En los últimos tiempos la parálisis había llegado al punto de no poder concentrarme cuando estudiaba. Apenas llegaba mi padrastro, mi atención acompañaba todos y cada uno de sus movimientos, mis oídos estaban pendientes de cada variación de volumen y de tono de voz, acechando el momento en que empezara a gritar, a insultarte o a golpearte.

Aquella Navidad, la pelea se había centrado en mí: que por qué, si ya trabajaba, no daba para el gasto; tú le echaste en

cara que era yo quien les compraba ropa a mis hermanos. Eso lo enfureció, dijo que nadie más que él tenía que vestir a sus hijos, y, tijera en mano, quiso dejar asentada su opinión sobre la ropa que yo les acababa de comprar para Navidad. Acto seguido, forcejeos, golpes, insultos. Finalmente lograste impedir que tijereteara la ropa, y él se fue, lanzando una última ofensa: que si tan autosuficiente me sentía, que me largara a vivir sola. Yo bien sabía que esas eran bravatas de borracho, que nunca decía las cosas en serio, pero de todos modos aproveché el momento para irme. Renté un cuarto en la “YWCA” de la calle de Humboldt, y cuando todo estaba listo, te dije que me iba. Te echaste a llorar, pero dijiste que tenía razón, que si habías hecho de tu vida un infierno, no tenías derecho a retenerme en él. El día en que me fui, salí de prisa, con la premura del prófugo que teme la captura. Una maleta vieja sobre la mesa del comedor, los pocos trapos y los muchos libros empacados a como cayera. Alrededor de la mesa los cinco chiquitos viéndome empacar, llorando todos—“No te vayas, Luz Aurora”—y yo con el nudo en la garganta, pero también con la impaciencia, incluso la irritación, con el pánico de que se me agotaran la voluntad y la decisión antes de lograr escapar. Las palabras no dichas, pero que la despedida apresurada traducía sin lugar a dudas, eran: “¡Suéltanme, no me retengan, déjenme salir de aquí!” Al mismo tiempo, oía, como en sordina, tu llanto detrás de la puerta de la recámara. Sabía que los dejaba a todos en una prisión y eso me era intolerable. He cargado con esa culpa toda mi vida. Años más tarde me dijiste cómo, en el momento en el que te anuncié mi decisión de salirme de la casa, tu primer impulso fue decirme “No te vas”, con toda la autoridad que tenías sobre mí, y que sabías perfectamente que si me lo hubieras dicho, no me habría ido...

Claudia ha estado haciendo todos los preparativos para llevarte a la casa cuando termine el programa de radiaciones. Decidimos llevarte a la mía, aunque Angélica insistía en que fuera a la tuya porque dijiste, antes de la operación, que si salías con vida, querías irte a tu casa para no darles espectáculos a los niños. Pero eso era antes de la operación. Han pasado tantas cosas desde entonces; tú misma has cambiado tanto en estas semanas,

te has llenado de dulzura y de paciencia, de resignación, probablemente. No, no estás como para irte a tu casa, necesitas de muchos cuidados y será mejor que estés con Claudia y conmigo, aprovechando la suerte que tenemos de vivir puerta con puerta ella y yo. Así podrás estar tranquila en mi casa mientras Marcel y yo estamos de viaje; Claudia podrá estar más al pendiente, y Angélica podrá quedarse en mi casa cuando quiera acompañarte más tiempo. Me pesa dejarte así, en medio de todos estos preparativos. Pero más me pesa lo que esto significa, ¿hasta cuándo habrá de prolongarse tu sufrimiento?

### **Sundance, julio 9**

Hoy en la mañana llamó Claudia para darme la noticia de tu muerte. Ayer temprano se te bajó la albúmina y, cuando ella llegó, había un revuelo de médicos y enfermeras. Pero tú estabas tranquila, decaída pero tranquila. No obstante, le hiciste a Claudia señales urgentes para que se quedara, para que ya no se moviera de ahí. Ella se comunicó con Angélica y con Carlos y ya no se separaron los tres de ti. Pobre Carlos, con tu agonía, volvió a vivir la de Adriana. Claudia insistió mucho en recordarte que yo ya me había ido; tú sólo le sonreías para que viera que sí te acordabas. Y así vinieron a despedirse de ti, a lo largo del día, tu otro yerno, tu hermana, unos sobrinos, los médicos y las enfermeras que tanto se encariñaron contigo en estas seis semanas que estuviste en el hospital. Te pusieron música todo el tiempo. Siempre dijiste que querías morir oyendo la "Pastoral" de Beethoven— desde que entraste al hospital me la pediste prestada. Así, entre flautas y violines, te fuiste apagando lentamente. En la tarde, tus ojos se cerraron finalmente y caíste en un sopor, como si te hubieras ido quedando dormida, hasta dormirte definitivamente al anochecer. Desprenderte poco a poco de todo, suavemente, hasta desatarte de la existencia misma, ésa fue tu última despedida. La primera había sido hermosa, pero muy vestida. Tuviste que sufrir cuatro semanas más para desvestirte de todo, para evolucionar.

nar en el corazón y en el espíritu, para alcanzar un crecimiento digno de la desnudez.

Nunca hubiera pensado que, a estas alturas de la vida, aún podía aprender algo de ti. Me equivoqué, porque me has enseñado, madre, cómo se debe morir: en plena evolución, en plena lucidez, en y a pesar del sufrimiento y la indignidad de la mutilación. Quizá esa claridad intelectual y afectiva fue lo último que perdiste. Me pregunto si sabías que te ibas a morir desde la noche anterior, cuando me despedí de ti. Podías haberme hecho esa misma señal de urgencia para que me quedara. Pero no, hasta el final quisiste que me fuera, ¿como aquella vez...?

Hay tantas cosas que aún querría preguntarte y decirte. Pienso ahora en todo lo que te he escrito y que ya nunca leerás. Pero, en fin, la escritura es lo único que me queda para bordar sobre nuestro pesar. Y tengo palabras finas y coloridas como la seda, pero también resistentes como la hilaza; con ellas bordaré y bordaré, hasta cubrir las aristas de esta tristeza, hasta embotarle el filo a este dolor. Pienso también en la escueta carta que te leí; hubiera querido escribirte mucho más. Y lo haré, ya que, por lo visto, no me queda más que seguir cultivando este extraño género literario que la vida me ha impuesto: un epistolario a los muertos. Ya ves cómo a mi papá también le escribí cartas que nunca leyó. Tal vez un día les escriba también a mis hermanos muertos, a mi mejor amigo, como les escribo a los ausentes—cultivar la ausencia, la muerte, y una escritura que las quisiera colmar. Y ponerles música también, sí, a todos nuestros muertos, madre, a todos. Habría que meterlos en una cajita de música, darles cuerda en la tristeza y dejarlos que toquen el carillón, que vayan pasando en carrusel, como pasa la vida, como llega la muerte.

No quise trabajar hoy, ni ver a nadie. Nos fuimos Marcel y yo, cuesta arriba, a caminar, a internarnos en el bosque; a hablar, a llorar, a mirar cómo vuelan los pájaros y cómo pasan furtivamente los venados entre los árboles. Caminamos mucho, a la deriva siempre, en estas montañas maravillosas, con agua por todas partes, agua que desciende en rápidos y en cascadas. Aquí, lejos, en el corazón de las montañas Wasatch, tan nuevas para

mí como antiguas y revestidas de leyendas para los indios Ute, aquí vine esta mañana con mi hijo para decirte adiós, madre, un último día de campo para los tres. Anduvimos por muchos caminos, hasta quedar envueltos en la penumbra verdigrís de un bosque de *aspens*, dulces árboles que en su nombre llevan la historia de tu muerte: al final, un bálsamo que suaviza la aspereza de la vida—*aspens*. No me gusta su nombre en español—*álamos temblones*—y sin embargo, sí, lo dice todo: hojas trémulas al sol y al viento; carne que tiembla de dolor y de sollozos.

Sobre la corteza gris pálida de un álamo añoso, vimos una inscripción que lo había mutilado hace mucho tiempo: una fecha, unas siglas brutalmente talladas con navaja. Heridas del tiempo que se hacen carne, huecos dolorosos que, en su sabiduría, el árbol ha sabido rellenar con infinita paciencia, hasta hacer de la tajada un diseño hermoso, un relieve de fibra y savia. A él me abracé, como me he abrazado ya a tantos árboles en mi vida: aquel inmenso castaño de entrañas huecas que algún infame había tapiado por dentro, o aquellos espléndidos sauces llorones que, como silenciosas cataratas, se me entraron por los ojos un día y me hablaron de mi propia pasión. Y le di al álamo mutilado un abrazo arborescente que fue al mismo tiempo súplica de consuelo. Los ríos profundos que en él corrían me llenaron de rumores los oídos del alma: rumor de eternidad, rumor de renovación. Tu sufrimiento, madre, ha hendido la corteza de mi alma, añosa y resistente a los tajos del dolor y del amor, de amores y desamores sobre los que, yo también, he ido tallando fechas y nombres. Pero la corteza es blanca y dura; sabe dibujar, sobre las viejas heridas, diseños de amor y de muerte.

Salimos luego al espacio abierto de una pradera—Elk Meadow, la llaman—caminado con las espigas altas rozando nuestros muslos. En la pradera, el viento susurra entre las hojas trémulas de los álamos a lo lejos, en el linde del bosque. Todo hace eco y la inmensa montaña, alzada sobre la pradera, lo acoge en su seno, calmando la agitación del viento y del follaje. Deseaste morir oyendo la “Pastoral”; y bien, ese humilde deseo se te cumplió con creces, porque si mis hermanas se encargaron de hacer llegar la música a tus oídos en el hospital, yo hice viajar tu

espíritu, lejos, muy lejos, para su consagración en la tierra y en el aire. Antes de emprender el camino de regreso esta tarde, miré la magnífica montaña por última vez y te dije adiós entre sollozos. Bosque, pradera, montañas y nieves hablaron con mis entrañas en el lenguaje familiar y cotidiano de sentimientos que me han acompañado toda la vida.

Más tarde, nos reunimos con los demás. Nos dijeron que la cena sería un picnic porque un miembro de la tribu Ute iba a hacer una ceremonia para inaugurar el taller, dándonos la bendición a cada uno de nosotros; que para ello nos llevarían a la tierra sagrada de estos indios. Sentí la belleza del círculo que se cerraba: una ceremonia inaugural para marcar tu vida clausurada. Alguien dijo alguna vez que toda salida es una entrada en alguna otra parte, y sí, todo final podría ser un comienzo o, tal vez, un relevo... Sentí, también, que era verdaderamente providencial el que, en un momento como éste, alguien ofreciera darme una bendición, así que acepté participar con gusto. Nos subieron a todos en camionetas porque era lejos. Al rato de andar recorriendo caminos sinuosos por el bosque, se detuvo la comitiva y nos informaron que habíamos llegado por fin a tierra sagrada. El corazón me dio un vuelco al reconocer la misma pradera en la que habíamos estado unas horas antes Marcel y yo. No había sido entonces el azar, ni habíamos caminado a la deriva: bosque, pradera y montaña no sólo se habían comunicado con nosotros, sino que nos habían llamado, nos habían llevado allí con un propósito. No había sido un accidente haberme despedido de ti de cara a la montaña.

En una emotiva ceremonia, el indio fue llenando el espacio con el eco del tambor, con su voz en canto y alarido, llenándolo también con leyendas. Las formas de la montaña se cargaron con un significado mítico, dibujando los contornos de una mujer dormida: cabeza y senos y cuerpo reclinado sobre la inmensidad de la pradera. A la hora de la bendición, el indio sacó de una bolsa de gamuza unas plumas de águila y las alzó, como si con ellas hubiera querido tocar el cielo. Las reconocí inmediatamente: eran las alas del águila de mis sueños, sin vidrios ni barrotes, desplegadas en la inmensidad azul de la montaña y la vastedad

de la pradera—unas plumas, un emblema... *Entonces* supe por qué tenía que haberme ido, por qué habías insistido tanto en que me fuera. A borbotones se me vino el llanto, como el agua de los rápidos que desencadenan las cataratas, y sentí que por fin seríamos liberadas; que tantas coincidencias no podían ser tales, que los signos se iban orbitando en torno a un macizo de significados: el sufrimiento y la muerte, sí, pero también la libertad y el crecimiento. Un crecimiento digno de la desnudez y de las alas.

Tocada en la cabeza con aquel emblema, un leve roce en el corazón y en las manos. Alas que como varita mágica serán capaces de transfigurarnos; para que yo pueda abandonar este cuerpo de oso de peluche y levantar el vuelo; para que tú asumas tu identidad de águila; para que puedas cerrar tus heridas y volver, en el tiempo del corazón, a la frescura de la carne, a aquella esperanza transferida en y por el cuerpo de una madre. Si en la imaginación y en el deseo concebiste mi cuerpo un día, el tuyo, madre, habitará desde ahora en los espacios luminosos de mi memoria. La carne socavada, abierta en tajos, parchada con brutales costurones, regresará a la lozanía perfumada de una carne dura y fresca, ésa que vive en mi recuerdo.

El tiempo pasa y la mujer montaña se ha dormido; desciende hacia la noche, lentamente, en un sopor estival y crepuscular. Pronto la nieve la habrá recubierto, sudario que habrán de horadar pinos y álamos. Madre tierra, tan elevada y sin embargo con el cuerpo reclinado sobre los pinos y las nieves, deslizándose ligera y dulcemente por la pradera de los antílopes... Pero no, espera, no te vayas a dormir todavía, deja que te cuente un cuento. Es la historia de un guerrero indio que traiciona a su prometida, y ella, por despecho, salta a la cascada. A él nada le queda más que abismarse en su propio corazón, y así, se interna en una cueva a llorar su desventura. Desde entonces, hace siglos y siglos, la roca llora su culpa. Con lágrimas minerales ha ido esculpiendo un corazón: lágrima de alabastro pendiente del techo de su traición. Ella, en cambio, duerme a cielo abierto, con los senos montañosos elevados en plegaria, como un par de manos devotas; su cabeza soñando con el salto y el estruendo de la catarata. Sí, es una mujer dormida, como tú; una más, calcada

sobre la otra, la de nuestras tierras, nevada y con el fuego oculto  
en las entrañas, calcada sobre tantas otras mujeres dormidas que  
esperaron su turno, hasta que les llegó el de la muerte.

julio-diciembre, 1998

